

ROSTROS Y RELATOS

A MEDIO SIGLO DE INGRESO A LA UAM XOCHIMILCO



Dr. José Antonio De los Reyes Heredia

Rector general

Dra. Norma Rondero López

Secretaria General

Dr. Francisco Javier Soria López

Rector de la Unidad Xochimilco

Dra. María Angélica Buendía Espinosa

Secretaria de Unidad

Dra. Irma Gabriela Anaya Saavedra

Coordinadora de Vinculación y Fortalecimiento Académico

Dra. Martha Isabel Flores Ávalos

Coordinadora de Extensión Universitaria y Difusión Cultural

DCG Amada M. Pérez Ponce

Jefa de la Sección de Producción Editorial

Colaboradoras

Mtra. Gabriela Mondragón Ramírez

Jefa de la oficina de personas egresadas, bolsa de trabajo y movilidad

Lic. Ana Lizeth de Nova Morales

Asesora de la oficina de personas egresadas, bolsa de trabajo y movilidad

Mariana Monserrat Vázquez Palmeros

Egresada de la Lic. en Diseño de la Comunicación Gráfica

Créditos de la fotografías

**Docentes y personas
egresadas**

José Ventura Flores Velasco

(archivo personal y digitalización)

Luis Rodríguez

Manuel Rocha

Luis Arias Chalico

Pedro San Nicolás

Felipe Gálvez Cancino

Bulmaro Villarruel Velasco

Sección de Producción

Editorial de CEUX y DC

Ariadna Krupskaja Álvarez Amavizca

Diseño y formación

Alma Nelly Mendoza Remigio

Michelle Guevara Pastor

Corrección



UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA

AQUI SE CONSTRUYE

LA UNIDAD

XOCHIMILCO



C. A. P. F. C. E.



PRESENTACIÓN

La Universidad Autónoma Metropolitana inició actividades académicas en 1974 en sus tres Unidades fundacionales de Iztapalapa, Azcapotzalco y Xochimilco, localizadas en el oriente, norte y sur de la Ciudad de México, respectivamente. Los primeros alumnos aceptados en los programas de licenciatura que se ofrecieron en ese entonces, junto con el personal académico recién contratado, comenzaron a escribir la historia de nuestra casa de estudios con un enorme entusiasmo en contraste con las incipientes instalaciones físicas disponibles que apenas comenzaban a edificarse.

Se trataba de un proyecto universitario innovador que planteaba una serie de condiciones diferentes a otras instituciones de educación superior; un espacio universitario organizado en divisiones académicas, con una estructura departamental, con ciclos trimestrales y que veía en la integración de la docencia y la investigación un camino ideal para desarrollar el proceso de enseñanza-aprendizaje de su alumnado. En ese contexto, la Unidad Xochimilco fue aún más lejos al asumir un modelo educativo de vanguardia, de inspiración constructivista, que optó por no utilizar el modelo tradicional por materias para impartir las licenciaturas, sino un sistema por módulos que a partir de seleccionar problemas socialmente relevantes propone el desarrollo de una investigación de carácter formativa, que pretende que el alumno plantee interrogantes, aplique métodos de corte científico, humanista y creativos, trabaje en equipo de manera colaborativa, asimile una perspectiva interdisciplinaria y asuma con convicción, como lo describe bien el Documento Xochimilco, que lo esencial en la "...concepción de una nueva universidad crítica y actuante, es la de un estudiante que oriente su propia formación al intervenir en el proceso de la transformación de la realidad". Se trataba de formar profesionistas con pensamiento crítico, socialmente comprometidos, con capacidad de adaptarse y proponer soluciones transformadoras ante un contexto sociocultural cada vez más dinámico, cambiante y complejo.

Han pasado 50 años desde entonces, un espacio temporal que ha visto cómo este proyecto académico y su comunidad han crecido y evolucionado de diversas maneras, aportando una forma de integrar las actividades sustantivas de docencia,

investigación y preservación y difusión de la cultura, proceso que ha dejado huella en ya casi 100 generaciones de mujeres y hombres que han pasado por sus espacios de discusión, de diálogo, de cuestionamiento, de análisis y reflexión colectiva para proponer y compartir, trimestre a trimestre, respuestas y alternativas que, a su vez, constituyen una forma de aprendizaje de su disciplina con relación a muchas otras. Las colaboraciones que aquí se presentan son un fiel testimonio de que, efectivamente, la propuesta pedagógica que representaba el sistema modular se asumió, inicialmente, como un experimento no exento de incertidumbre, pero cuya construcción colectiva a lo largo de estas cinco décadas, terminó por forjar una identidad propia para la Unidad Xochimilco de la cual su comunidad se siente orgullosa.

Un grupo de egresadas y egresados de las primeras generaciones que estudiaron en la UAM-X han accedido generosamente a compartir sus experiencias de enfrentarse al reto que representó, en su momento, el modelo educativo de la UAM Xochimilco y, más importante aún, narrar el impacto que esta formación tuvo en ellos y en su desarrollo profesional e incluso, porque no decirlo, en su vida personal. Sirvan entonces estas breves, pero muy ilustrativas narraciones, para celebrar los 50 años de la creación de nuestra querida Unidad que se convirtió en casa abierta al tiempo para miles de jóvenes, y cuyos valores y principios fundamentales comprometidos con la excelencia educativa, puesta al servicio de la sociedad, siguen estando hoy más vigentes que nunca.

Dr. Francisco Javier Soria López





Gabriela Anaya Saavedra

Coordinadora de Vinculación y Fortalecimiento Académico

En el año de 1974, México vio el nacimiento de una institución que cambiaría el panorama educativo y cultural del país: la Universidad Autónoma Metropolitana. La Ley para su creación, que entró en vigor el 1º de enero de ese año, la estableció como una entidad descentralizada del Estado, autónoma, con personalidad jurídica y patrimonio propio. La UAM fue concebida no sólo como un centro educativo, sino también como un ente coordinador de entidades desconcentradas, con estructuras diseñadas para cumplir con sus objetivos fundamentales: impartir estudios de licenciatura, maestría y doctorado, promover la educación extramuros, organizar y desarrollar actividades de investigación científica y humanística, y preservar y difundir la cultura.

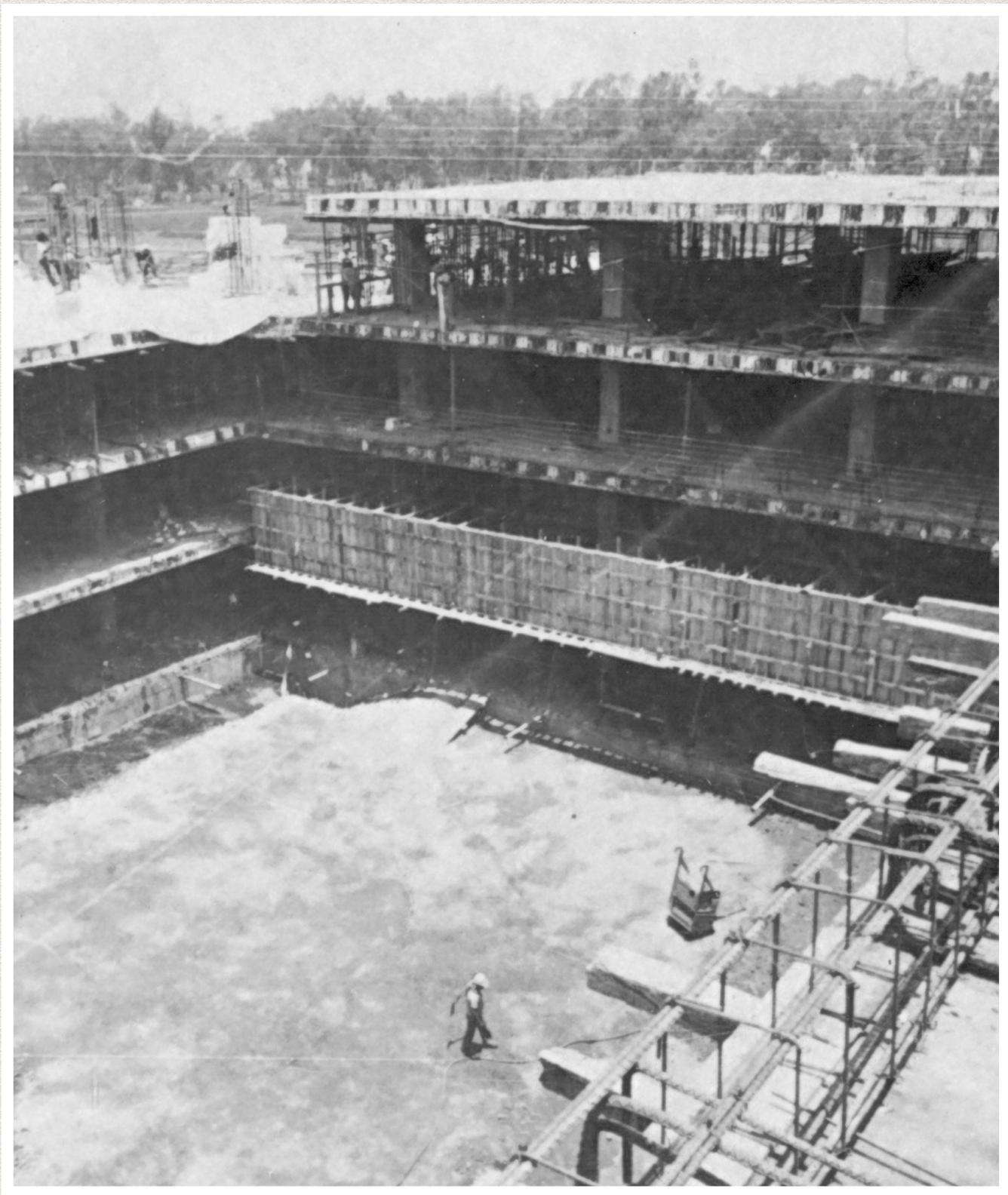
El 18 de junio de 1974, la Junta Directiva nombró al Dr. Ramón Villarreal Pérez como Rector de la Unidad para el período 1974-1978. Bajo su liderazgo, se presentaron los cimientos para la creación de la Unidad Xochimilco de la UAM. En este proyecto, se subrayó la importancia del desarrollo de una visión crítica y científica en las y los estudiantes, desafiando y revisando constantemente sus concepciones sobre la realidad. Además, se propuso la creación de la "Lab-oficina transdisciplinaria" (LOT), un espacio donde se unían diversas disciplinas científicas para abordar de manera integral los problemas y retos del conocimiento.

El 11 de noviembre de 1974, la Unidad Xochimilco de la UAM inició sus actividades en un ambiente de optimismo y esperanza. Las palabras del Dr. Villarreal resonaron entre los presentes: la misión de la UAM se fundamenta en capacitar a los estudiantes no sólo en sus áreas profesionales, sino también en el manejo de ideas, relaciones humanas y el entendimiento de un mundo en constante cambio. La premisa de "aprender resolviendo y resolver aprendiendo" se convirtió en el núcleo del proyecto académico de la UAM Xochimilco.

La visión de la UAM siempre ha estado alineada con los cambios sociales, económicos, científicos, culturales y políticos

que México requiere. Se entendió que la transformación del país debía basarse en un análisis científico riguroso de la realidad, traduciendo el conocimiento en acciones concretas para solucionar problemas y mejorar la calidad de vida. La investigación y el aprendizaje se convirtieron en herramientas esenciales para desarrollar una conciencia alerta, un juicio crítico y formar un nuevo ciudadano capaz de enfrentar los retos del presente y del futuro.

Esta publicación celebra a las primeras generaciones de egresadas y egresados de la UAM-X, quienes han llevado consigo los valores y enseñanzas de esta institución. Sus logros y contribuciones reflejan el impacto positivo de una educación comprometida con el bienestar social, la eficiencia y la protección de nuestros recursos. A través de sus historias rendimos homenaje a una universidad que ha marcado una diferencia significativa en la educación y en la vida de miles de personas, y que continúa siendo un pilar fundamental para el desarrollo de México.







**DE ESTUDIANTES A DOCENTES:
TRAYECTORIAS Y TESTIMONIOS**



Dr. Mauricio Andión Gamboa

Licenciatura en Sociología

El Dr. Mauricio Andión Gamboa comparte su apasionante trayectoria y su visión del futuro de la educación. Desde sus inicios como estudiante de Sociología en la primera generación de la UAM, hasta su posición actual como Coordinador de la línea de cine en el doctorado de Humanidades, su camino ha sido un testimonio de dedicación y amor por la academia y la comunicación.

El Dr. Andión ingresó a la Unidad Xochimilco de la UAM con el deseo de convertirse un científico social. Su interés por comprender a la sociedad lo llevó a estudiar sociología, la disciplina central de las ciencias sociales, similar a la física en las ciencias naturales. Su primer trabajo fue como asistente de investigación en un centro de la CEPA, donde se enfocó en la Sociología de la educación. Esta experiencia inicial, combinada con su participación en la construcción de la UAM, lo motivó a estudiar la educación superior y, eventualmente, a dedicarse a la academia.

La trayectoria del Dr. Andión en la UAM ha sido diversa y enriquecedora. Desde sus comienzos como profesor asistente hasta su nombramiento como coordinador académico, ha combinado su interés por la educación y la comunicación con su pasión por el cine. Gracias a la beca Fulbright, tuvo la oportu-

tunidad de estudiar en la UCLA, donde trabajó con destacados académicos y realizó investigaciones sobre los procesos de cambio curricular en las universidades estadounidenses.

Una de los aspectos más destacados del trabajo del Dr. es su enfoque en la educación mediática y el uso de la tecnología en la enseñanza. Desde los años ochenta, ha investigado y experimentado con distintos medios para educar, adaptándose a las constantes revoluciones tecnológicas. Actualmente, diseña módulos centrados en la alfabetización multimedial para la formación de ciudadanos, enseñando a los estudiantes a consumir, producir y difundir información de manera responsable.

El Dr. Andión es un firme defensor del sistema modular y el constructivismo, enfoques que adquirió durante su formación en la UAM. En lugar de imponer conocimientos, acompaña a los estudiantes en su proceso de aprendizaje, al diseñar experiencias que fomentan la investigación y la resolución de problemas concretos. Esta metodología ha demostrado ser efectiva, como lo confirman las felicitaciones de sus antiguos alumnos que ahora siguen sus pasos en la academia.

A lo largo de su carrera, el Dr. Andión ha formado redes internacionales y ha participado en proyectos globales que abordan temas como las prácticas periodísticas durante la pandemia. Su capacidad para colaborar con investigadores de todo el mundo le ha permitido obtener una perspectiva única sobre la comunicación mediática y su impacto en la sociedad.

De cara al futuro, el Dr. Andión se enfoca en el desarrollo de nuevas líneas de investigación en humanidades digitales, buscando integrar disciplinas como el cine, las artes contemporáneas, la historia, la literatura y la filosofía. Su objetivo es adaptarse a los cambios tecnológicos y continuar innovando en la educación superior. Su consejo para los jóvenes es fundamental: "Conócete a ti mismo", lo que enfatiza la importancia de la autorreflexión y la responsabilidad en el proceso de aprendizaje, habilidades esenciales para navegar en el complejo panorama mediático actual.



María del Consuelo Beas Oropeza **Licenciatura en Ciencias de la Comunicación**

La Mtra. María del Consuelo Beas Oropeza, una figura emblemática y testigo viviente de los primeros pasos de esta institución educativa, comparte sus experiencias, desafíos y logros en la UAM desde sus inicios en 1974.

La Mtra. Beas, conocida simplemente como Consuelo entre colegas y estudiantes, inició su trayectoria en la UAM cuando la universidad recién abría sus puertas. *Estaba en la prepa, en el área de sociales, y me interesaba la investigación, literatura, incluso administración. Pero mis compañeras mencionaron la creación de una nueva universidad, con una carrera en Comunicación. Fue interesante vivir la experiencia de una nueva universidad, recuerda la Mtra. Consuelo.*

La UAM introdujo el sistema modular, un enfoque educativo innovador que impactó profundamente a Consuelo. *No recuerdo un curso intensivo sobre el sistema, fue sobre la marcha. Fuimos conscientes de que era otro sistema, con la intención de formar parte de una sociedad. La investigación y la participación fueron fundamentales, explica la Mtra. Beas.*

Este enfoque permitió a los estudiantes no sólo aprender, sino también responsabilizarse de su educación, desarrollando

habilidades críticas y de investigación que serían esenciales en su vida profesional.

La Mtra. Consuelo ha tenido la oportunidad de colaborar en diferentes universidades, lo que le permitió apreciar la singularidad del sistema modular de la UAM. *En otras universidades, era difícil implementar dinámicas de participación activa. Aquí en la UAM, el sistema modular fomenta la aplicación práctica del conocimiento, lo que marca una gran diferencia, señala.*

A lo largo de sus 45 años en la UAM, la Mtra. Consuelo ha ocupado diversos cargos y ha contribuido significativamente al desarrollo de la universidad. Desde sus inicios como profesora e investigadora hasta su especialización en semiótica y lingüística, su carrera ha sido un constante proceso de aprendizaje y adaptación.

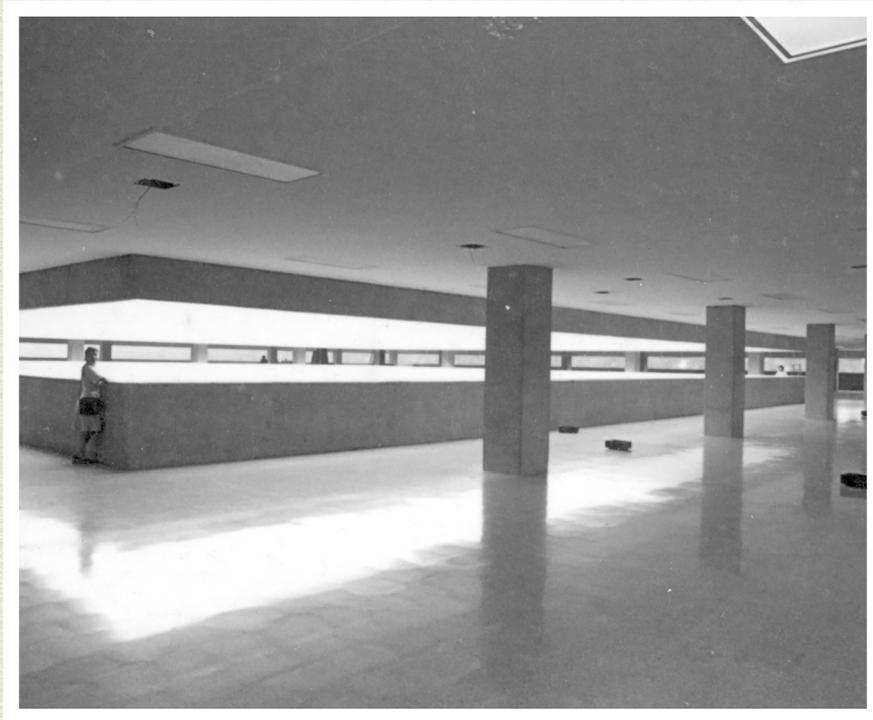
Empecé como profesora e investigadora, luego estudié una maestría en Quebec y continué con un doctorado. Fui coordinadora de la licenciatura, jefa de área de investigación y consejera divisional. Siempre he buscado mejorar la docencia y la investigación, adaptándome a las necesidades de los estudiantes, relata la Mtra. Beas Oropeza.

El campo de la comunicación ha experimentado cambios significativos, especialmente con la llegada de internet y las nuevas tecnologías. Consuelo destaca la importancia de mantenerse actualizado y crítico ante estas transformaciones. *Las tecnologías son dinámicas, pero debemos comprender su impacto social y económico. No podemos perder de vista los procesos básicos por la fascinación tecnológica, advierte.*

Para ella, la UAM no sólo ha sido un lugar de trabajo, sino un espacio de crecimiento personal y profesional. *Lo que me motiva es la interacción con los estudiantes, ver cómo se desarrollan y aplican el conocimiento en su vida diaria. La docencia es una forma de relación profesional pero amorosa, que me inspira y me ha permitido contribuir significativamente a la universidad, afirma.*

Al reflexionar sobre sus 50 años en la UAM, la Mtra. Consuelo expresa un profundo agradecimiento. *La UAM me dejó hacer y descubrir todo esto. Mi consejo para las nuevas generaciones es que inviertan tiempo y esfuerzo en su formación, reconociendo que el aprendizaje puede generar resistencia, pero es necesario para un desarrollo pleno y consciente, concluye.*

La historia de la Mtra. Consuelo Beas Oropeza es un testimonio del impacto que una educación innovadora puede tener en la vida de un individuo y en la sociedad. Su dedicación y amor por la enseñanza continúan inspirando a generaciones de estudiantes en la Unidad Xochimilco de la UAM.





Julio Francisco Javier Huerta Moreno **Licenciatura en Psicología**

El Dr. Julio Francisco Javier Huerta Moreno, egresado de la primera generación de la Licenciatura en Psicología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco (UAM-X), ha dedicado su vida profesional a la docencia y a la psicología. Con cerca de 50 años de relación con la institución, el Dr. Huerta comparte su inspiradora trayectoria y reflexiones sobre su experiencia.

Terminé mis estudios en julio de 1978 y, desde septiembre de ese mismo año, me integré como profesor asistente en la UAM, recuerda el Dr. Francisco. Podría decir que tengo cerca de 45 años desde mi graduación, pero en realidad, sumando mis años como alumno, cumplo 50 años desde que entré en 1974.

Desde el primer día como estudiante, nos plantearon un modelo innovador, diferente a todo lo que conocíamos. No era el sistema tradicional del pizarrón y la memorización; aquí había que leer, participar y opinar. La relación entre maestro y alumno era más horizontal, lo que nos hacía sentir más libres y comprometidos, explica el Dr. Francisco sobre lo que le atrajo de la UAM.

El Dr. Francisco ha trabajado en la coordinación de psicología y en el departamento de Educación y Comunicación de la Divi-

sión de Ciencias Sociales y Humanidades. *Mi trayectoria ha sido un continuo proceso de aprendizaje, innovación y descubrimiento. Participé activamente en la retroalimentación del modelo educativo junto con otros estudiantes y profesores, lo que mantuvo un ambiente dinámico y de camaradería. Además de su labor en la UAM, el Dr. Francisco ha colaborado en diversas instituciones. He trabajado en reclutamiento y selección de personal en Banamex, en capacitación en la Dirección de Orientación Educativa del Politécnico y como investigador en orientación educativa.*

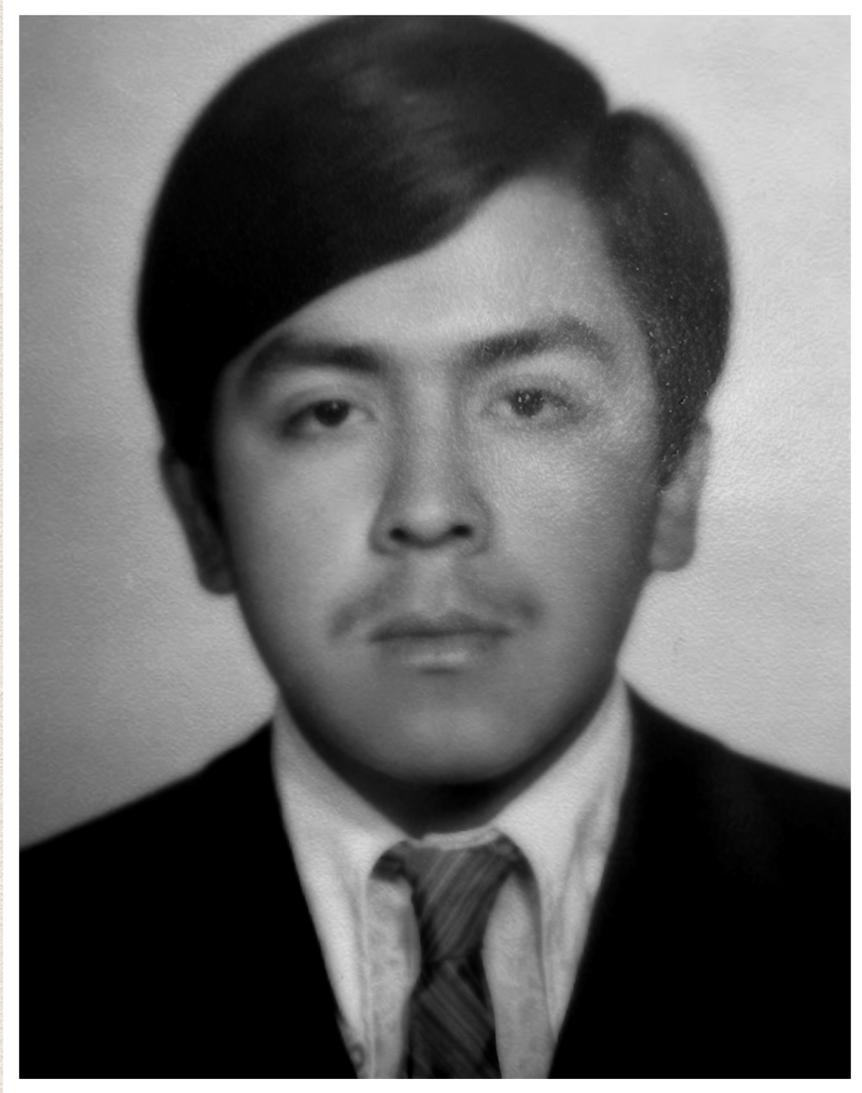
En mi tiempo, nuestra formación en la UAM nos dio una ventaja significativa. Aprendíamos a investigar desde el primer trimestre, lo que nos diferenciaba de otros egresados de instituciones como la UNAM, La Salle o la Ibero. Nuestra educación no se basaba en memorizar, sino en comprender y aplicar conocimientos.

El Dr. Francisco ha realizado diversas investigaciones tanto dentro como fuera de la UAM, abordando temas como los medios de comunicación y su impacto social. Ha ocupado roles importantes: consejero académico, coordinador de educación continua y ha fundado el Colegio Metropolitano de Psicología. *"Uno de mis mayores logros es haber sido promotor del Día Nacional del Psicólogo en 1996, una celebración que ahora es nacional. Este logro se debe al espíritu emprendedor que la UAM inculca en sus estudiantes."*

La UAM no sólo me ha brindado estabilidad económica, sino también una familia de amigos entrañables y una red de apoyo emocional. He tenido el privilegio de ver crecer a mis alumnos, algunos de los cuales han llegado a ser mis colegas.

El Dr. Francisco enfatiza la importancia de la responsabilidad personal en el proceso de aprendizaje. *La UAM te da la oportunidad de ser el arquitecto de tu educación. Involúcrate, investiga, cuestiona y comprométete contigo mismo y con la sociedad. Esa es la esencia del sistema modular de la UAM.*

La trayectoria del Dr. Julio Francisco Javier Huerta Moreno es un testimonio del impacto que una educación innovadora y participativa puede tener en la vida profesional y personal de un individuo. Su dedicación a la UAM y a la Psicología sirve de inspiración para las generaciones presentes y futuras.





Edgar Carlos Jarillo Soto

Licenciatura en Medicina

Maestría en Medicina Social

En la década de 1970, la educación superior en México vivía momentos de transformación y búsqueda de nuevas rutas pedagógicas. En este contexto, la Universidad Autónoma Metropolitana emergió como una institución innovadora, especialmente su Unidad Xochimilco. Para el Dr. Edgar Jarillo Soto, miembro de la primera generación de esta Unidad, la UAM representó una oportunidad única y un espacio donde su visión académica y social encontró terreno fértil.

Originario de Pachuca, Hidalgo, el Dr. Edgar Jarillo Soto inició sus estudios de medicina en la Universidad Autónoma de Hidalgo, pero pronto se sintió insatisfecho con la forma de enseñanza y el ambiente académico. Fue entonces cuando descubrió la convocatoria de la UAM en un periódico dominical, un hallazgo que cambiaría su vida. *Decidí postularme al examen de admisión para esta universidad y fui aceptado. Mi decisión fue clara. No sabía muy bien qué era esto, pero como era algo distinto y nuevo, me convencí*, relata Jarillo.

El sistema modular de la Unidad Xochimilco de la UAM, una innovación educativa que proponía una estructura diferente de aprendizaje, causó una fuerte impresión en el joven Edgar.

Al principio, era una entelequia, algo que no sabía cómo ubicar, pero sí era muy motivador, comenta. Su involucramiento con los profesores y su participación en el rediseño curricular le permitieron entender y apropiarse del sistema modular, una experiencia que describe como “cautivadora”.

Para el Dr. Jarillo, el principal desafío fue *decodificar y cambiar nuestras nociones y perspectivas*. Sin referentes en México y con modelos educativos distintos como McMaster y Lovaina en el horizonte, los estudiantes y académicos de la primera generación enfrentaron una “orfandad” conceptual; sin embargo, esta situación les impulsó a buscar respuestas y construir un modelo educativo que, aunque incompleto, fomentaba una constante búsqueda y discusión.

La docencia pronto se convirtió en una pasión para Jarillo. *Me gustó, me sentí realizado, me motivaba, dice, al recordar sus primeras experiencias como maestro en una preparatoria. Este camino docente se consolidó durante su servicio social y su vinculación con proyectos de investigación en la UAM, donde descubrió el potencial de la investigación médica con una mirada social.*

Desde 1981, ha estado vinculado a la UAM, desarrollando una carrera que combina la salud, la educación y la perspectiva social. Su participación en el TID (Tronco Interdivisional) y en posgrados ha sido fundamental. *He tratado de articular la salud con una perspectiva social, uniendo formación académica con investigación y docencia, explica.*

Uno de los logros más significativos del Dr. Jarillo ha sido la creación del doctorado en Ciencias en Salud Colectiva, un programa reconocido en América Latina. *Encabezar la construcción de este posgrado y ver su posicionamiento internacional ha sido muy gratificante, afirma. Su trabajo ha dejado una huella profunda en sus estudiantes, muchos de los cuales son ahora investigadores destacados.*

Para el Dr. Edgar Jarillo Soto, la UAM no sólo ha sido un lugar de trabajo, sino una parte integral de su vida. *Soy todo lo que soy en función de la universidad, con profundas y amplias satisfacciones, concluye. Su trayectoria es un testimonio del impacto de la educación innovadora y del compromiso con una visión académica que trasciende las fronteras tradicionales, inspirando a futuras generaciones a seguir su ejemplo de dedicación y búsqueda constante de conocimiento.*



Andrés Morales Alquicira

Licenciatura en Economía

El Dr. Andrés Morales Alquicira nos comparte la travesía desde sus inicios como estudiante hasta su rol actual como académico en el departamento de Política y Cultura, su visión única de la evolución de la universidad y el impacto que tuvo en su vida personal y profesional.

En 1974, el Dr. Morales, tras egresar de la Escuela Nacional de Maestros, decidió investigar una nueva oportunidad educativa; *me enteré de que había un anuncio sobre la apertura de una nueva universidad, la Universidad Autónoma Metropolitana, recuerda.* La cercanía de la sede en Xochimilco le atrajo, y pese a las expectativas iniciales de que la universidad podría tardar en desarrollarse, su decisión de formar parte de la primera generación de estudiantes fue, como él dice, *sorpresa gratificante.*

El Dr. Morales recuerda su primer impacto con el sistema modular de la UAM Xochimilco, un método de enseñanza innovador para la época. *Para mí, fue un golpe fuerte. Venía de una formación tradicional en la Escuela Nacional de Maestros, con profesores que se presentaban de manera formal. En la UAM, los docentes no usaban trajes y el método de enseñanza era mucho más participativo, explica.* A pesar de las dificulta-

des iniciales y la falta de infraestructura, el apoyo institucional y el ambiente de la universidad lograron captar su interés y admiración.

Con el paso del tiempo, el Dr. Morales Alquicira valoró el enfoque de la UAM en la formación metodológica y la capacidad de investigar. *Me di cuenta de que el valor estaba en aprender a investigar, más que en memorizar. Eso fue fundamental para mis estudios de posgrado*, afirma. A diferencia de sus experiencias en otras universidades, como el Instituto Politécnico Nacional, donde encontró una enseñanza más tradicional, la UAM le proporcionó una base sólida en metodologías de investigación.

Su regreso a la UAM como académico fue, para él, un proceso natural. *Empecé como ayudante de un profesor, y luego, con el tiempo, asumí roles más significativos*, comparte. Su trayectoria incluye enseñanza en matemáticas, economía y áreas relacionadas, y ha contribuido significativamente a la Universidad Autónoma Metropolitana con publicaciones y proyectos de investigación en el ámbito nacional e internacional.

Para el Dr. Morales, el mayor logro ha sido la interacción constante con generaciones de estudiantes, lo cual le ha permitido mantenerse actualizado y joven en espíritu. *Compartir con los estudiantes y ver sus ilusiones me ha dado una perspectiva renovada*, destaca. Además, ha ocupado diversos cargos administrativos, lo que le ha permitido impactar la universidad desde diferentes ángulos.

En el contexto del 50 aniversario de la UAM, el Dr. Morales Alquicira reflexiona sobre el crecimiento de la universidad. *Ha progresado enormemente, no sólo en términos de infraestructura, sino en calidad educativa y presencia internacional*. Comentó que ha sido testigo de la evolución desde los primeros días hasta la actualidad, y se muestra optimista sobre el futuro de la universidad.

Finalmente, el Dr. Morales Alquicira expresa su gratitud y aprecio hacia la Universidad que ha sido su alma mater. *Ha sido un viaje increíble. La UAM ha sido una parte fundamental de mi vida y espero que continúe creciendo y adaptándose a los nuevos desafíos*, concluye con emoción.



Adalberto Abel Mosqueda Taylor

Licenciatura en Estomatología

Especialización en Diagnóstico Integral y

Patología Bucal

El Mtro. Adalberto Mosqueda Taylor, originario de Taxco, Guerrero, decidió unirse a esta institución en 1974, debido a un calendario académico que se ajustaba a sus necesidades. *Una de las opciones que teníamos era buscar entrar a una universidad de provincia y un domingo del mes de junio a julio, estando en mi casa en Taxco, vi una convocatoria que anunciaba una nueva universidad llamada Universidad Autónoma Metropolitana, recordó el Dr. Mosqueda, profesor del departamento de Atención a la Salud.*

El también Profesor Distinguido por nuestra Universidad, rememora su experiencia inicial con el sistema modular de la UAM como un *choque casi anafiláctico*. Acostumbrado a un enfoque educativo más tradicional, se encontró con un método de enseñanza basado en la resolución de problemas y el aprendizaje colaborativo. *Ese primer módulo fue terrible para mí porque no sabía cómo abordar los problemas, cómo discutir la literatura que nos dejaban leer, compartió, al señalar la dificultad de adaptarse al nuevo sistema.*

La influencia de la UAM en su vida profesional es evidente. Después de graduarse, el Mtro. Mosqueda Taylor se especializó en Patología Oral en la Universidad de Londres, gracias al apoyo de su alma mater. Al regresar a México, se dedicó a la docencia y la investigación para contribuir significativamente al desarrollo del programa de Patología y Medicina Bucal, en la UAM. *Con los años este posgrado cambió su denominación y su programa a Especialización en Patología y Medicina Bucal y desde principios del siglo logramos elevarlo a la categoría de maestría en Patología y Medicina Bucal*, mencionó.

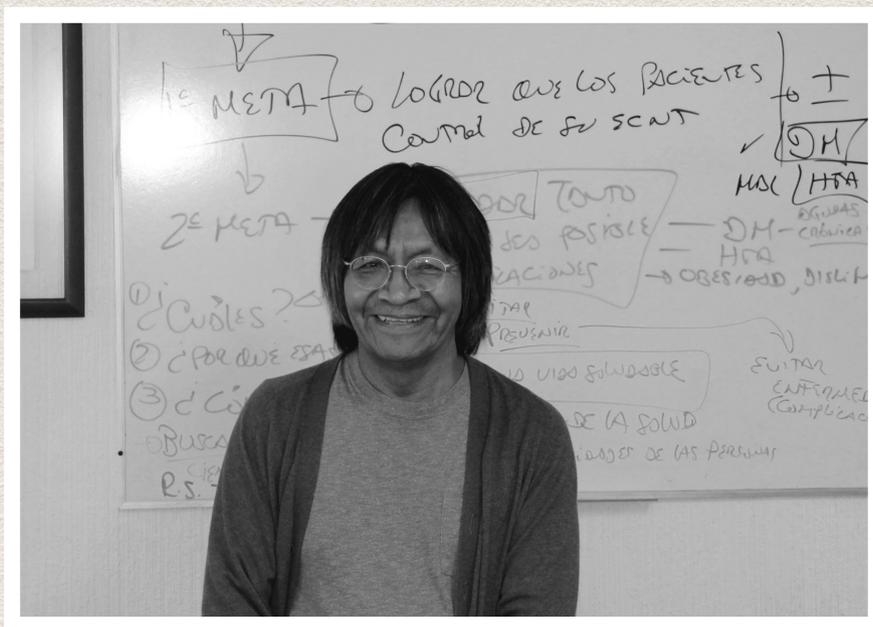
Además de su carrera académica, el Mtro. Mosqueda ha sido un activo promotor de la integración de la estomatología con otras disciplinas médicas. Gracias a esta visión multidisciplinaria, se consolidaron servicios especializados hospitalarios que facilitaron una formación más completa y práctica para los estudiantes. *La UAM planteaba en los últimos módulos uno en particular que se llama o se llamaba Modelos de Servicio en Práctica Estatal y Paraestatal, donde las actividades clínicas se desarrollaban directamente en centros hospitalarios*, explicó.

El Mtro. Adalberto destaca el compañerismo y el espíritu de colaboración que ha caracterizado a la comunidad de la UAM, una institución que, según él, ha sido una familia. *Aquí siempre ha habido ese sentimiento de apoyo, de que cuando tienes un problema o quieres resolver un problema académico, administrativo o hasta personal, siempre sentimos a la UAM como una familia*, afirmó.

Para las nuevas generaciones de estudiantes, el académico ofrece un consejo valioso: confiar en el proceso educativo, aunque a veces pueda parecer desconcertante. *Les decimos que no se desesperen, que sigan el proceso como debe de ser, haciéndose las preguntas concretas, adecuadas y seguir una metodología que la universidad tiene muy bien escrita*, recomendó.

Finalmente, el Mtro. Mosqueda expresa un profundo agradecimiento a la UAM, la cual ha sido una parte integral de su vida por casi cinco décadas. *Para la UAM solamente una palabra tengo que es la más grande: agradecimiento. Cuando uno ha tenido reconocimientos, cuando uno ha tenido algún grado de éxito, yo no lo puedo cuantificar, pero estoy satisfecho con mi vida, con mis logros*, concluyó.





Víctor Ríos Cortázar

Licenciatura en Medicina

El Dr. Víctor Ríos Cortázar comparte sus recuerdos y reflexiones sobre su trayectoria académica y profesional. *Llegué a la UAM Xochimilco un 2 de noviembre de 1974, comenzó Ríos Cortázar, quien originalmente se matriculó en Ciencias Sociales antes de cambiarse a la División de Ciencias Biológicas, e inscribirse a la Licenciatura en Medicina.*

La decisión de unirse a la UAM fue fortuita. Mientras realizaba trámites en el Deportivo de Xochimilco, se encontró con un módulo informativo de la Universidad. *Pregunté, pues me llamó la atención. Me estaba preparando para el examen en la UNAM, salió esta oportunidad, lo presenté, y ya me vine para acá,* relató.

Ríos Cortázar recuerda su primera impresión del sistema modular de la UAM como *muy raro, pero atractivo. Había un gran letrero que decía, aquí se construye la... en fin, todo eso, y luego nos dieron la bienvenida, explicó.* Al principio, la falta de estructura tradicional y la incertidumbre generaron dudas entre los estudiantes, pero el enfoque en la construcción colectiva y el aprendizaje basado en la realidad fue cautivador para él. *Éramos gente muy joven. La idea de que se aprende pensando en la realidad, saliendo a la realidad, es muy atractiva, agregó.*

Al comparar su formación con la de otros médicos de diferentes instituciones, el Dr. Ríos Cortázar destaca una clara diferencia. *La manera en que nosotros pensábamos y actuábamos, sí era claramente diferente. Nos tocó convivir con gente de la UNAM, gente de la Universidad Veracruzana, y lo notábamos*, mencionó, subrayando el enfoque práctico y crítico inculcado por la UAM.

Su carrera como académico en la UAM comenzó de manera inesperada, después de recibir una oferta para coordinar el servicio social en Medicina. *Me preguntaron si me interesaba, y ahí fue donde lo pensé*, recordó. A lo largo de los años, se ha centrado en el área de Educación y Salud, influido por la pedagogía crítica y el enfoque en la medicina social. *Lo que más me gusta es trabajar mucho con los estudiantes, me gusta presionarlos, hacer cosas juntos*, afirmó.

El Dr. Ríos Cortázar valora las amistades y las enseñanzas que ha obtenido de la UAM. *Las mejores amistades que tengo en la vida son mis compañeros de generación*, comentó, destacando la importancia de la comunidad académica en su vida personal y profesional.

Al reflexionar sobre los cambios en la UAM durante los últimos 50 años, Ríos Cortázar siente que la universidad ha perdido ciertos elementos valiosos, pero también ha ganado otros. *La UAM Xochimilco ha tenido grandes pérdidas, pero también tiene muchas cosas súper valiosas*, señaló. En particular, elogió el fortalecimiento de las ciencias básicas y la diversificación de la investigación.

Finalmente, al expresar su gratitud hacia la institución, el Dr. Ríos Cortázar concluyó: *A la UAM debo lo que soy, creo que hemos sido buenos amigos la UAM y yo.*

**ECOS DE LA UAM: EXPERIENCIAS
DE LAS PERSONAS EGRESADAS**

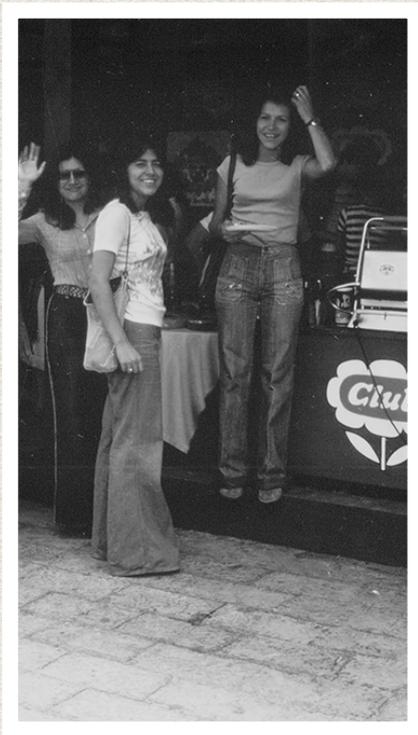


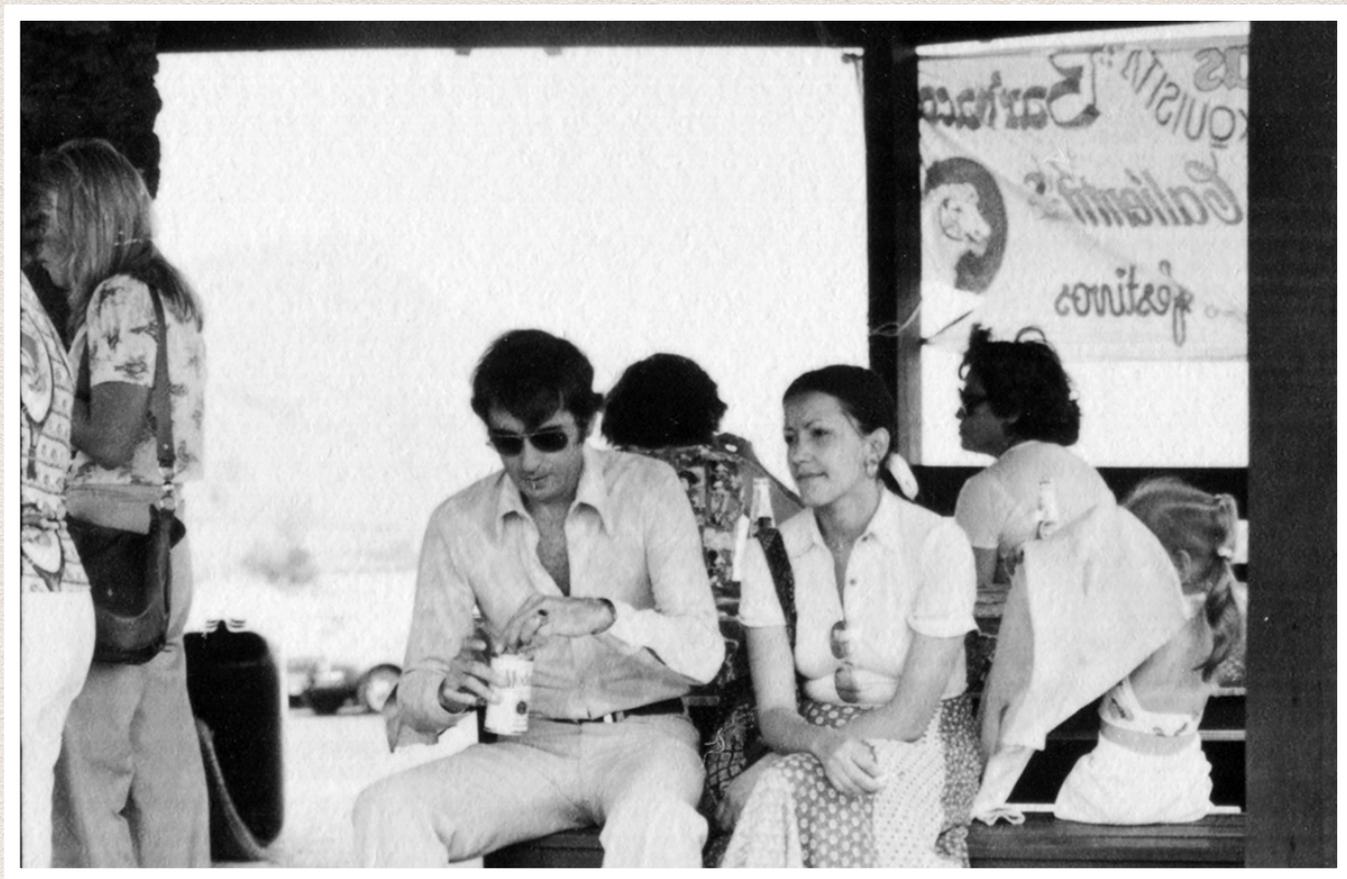


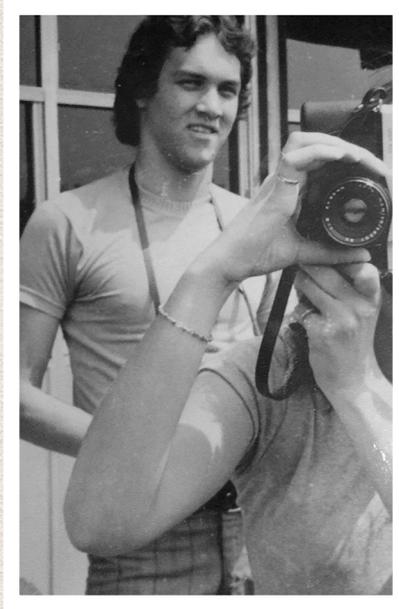
Beatriz Rocío Alonso Martínez
Licenciatura en Estomatología











Sergio Ricardo Arenas Martínez

Licenciatura en Ciencias de la Comunicación

Al haber egresado de una escuela preparatoria regular de provincia, la experiencia en la UAM fue profunda. Los métodos de los profesores de mis años escolares anteriores chocaron contra la distinta forma de llevar el proceso educativo en la UAM, donde la participación del alumno y la libre acción en el aula eran fundamentales. Incorporarme al sistema modular, al principio, me hizo sentir ajeno porque todo era nuevo en comparación con el sistema tradicional en el que debía callar, obedecer y seguir instrucciones.

Rápidamente me sentí parte del nuevo y diferente entorno que viví en esos años setenta. Conocer otras formas musicales, culturales, de relaciones personales y áulicas, así como otro orden social, transformaron mi interior y me hicieron una mejor persona. Antes de saber de la UAM, no tenía idea de qué se trataba; mi decisión de estudiar aquí fue sólo porque la licenciatura en Ciencias de la Comunicación Social no se ofertaba en Puebla.

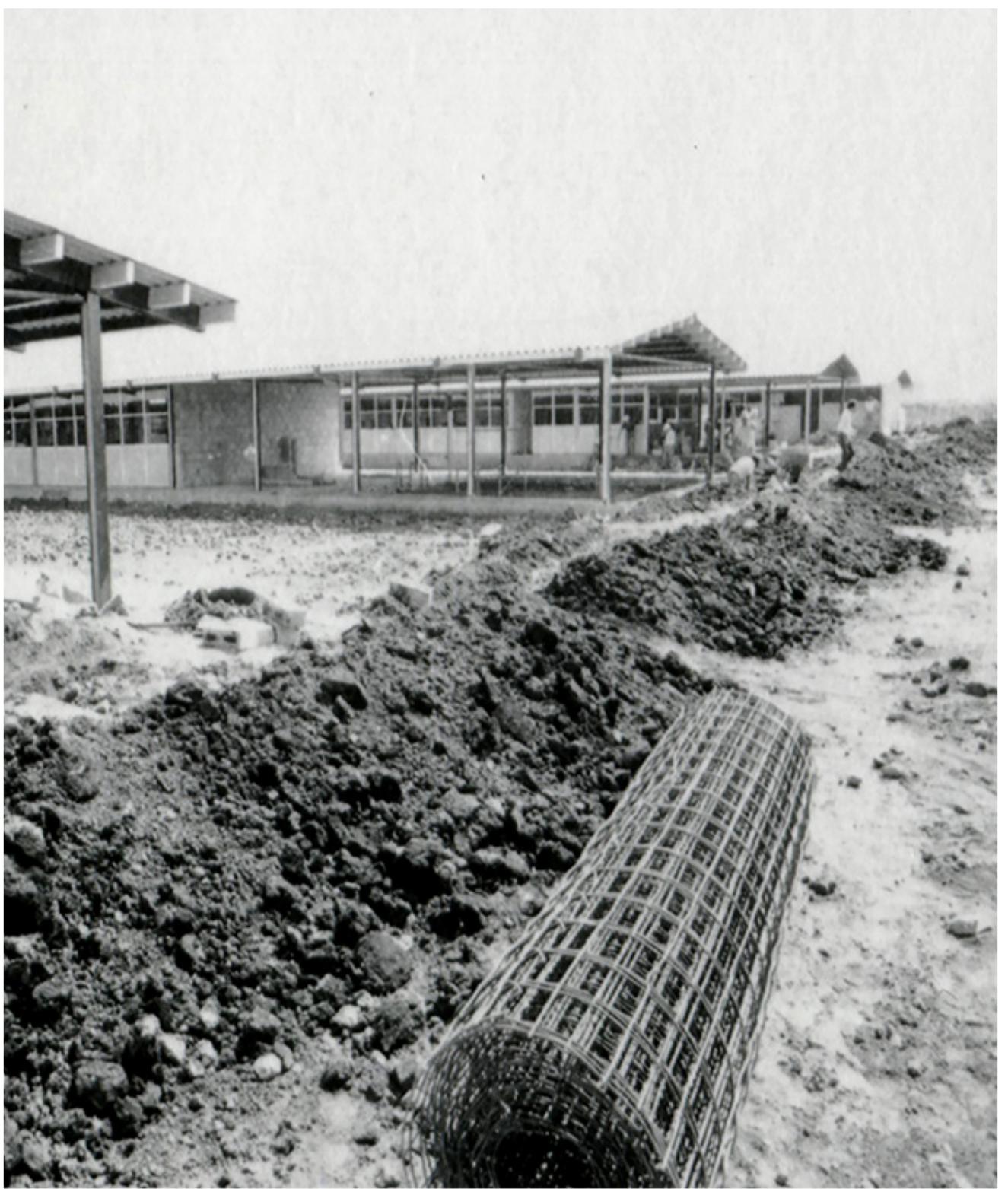
La franca e ineludible convivencia en comunidad, la lectura y la consecuente investigación de cada trimestre, ya sea documental o de campo, ayudaron a formarme a tal grado que, tanto en lo formal como en lo informal, mi paso por la universidad,

aún después de casi 50 años, sigue presente. Crecer junto con la UAM ha sido una experiencia inolvidable, de las mejores de mi vida.

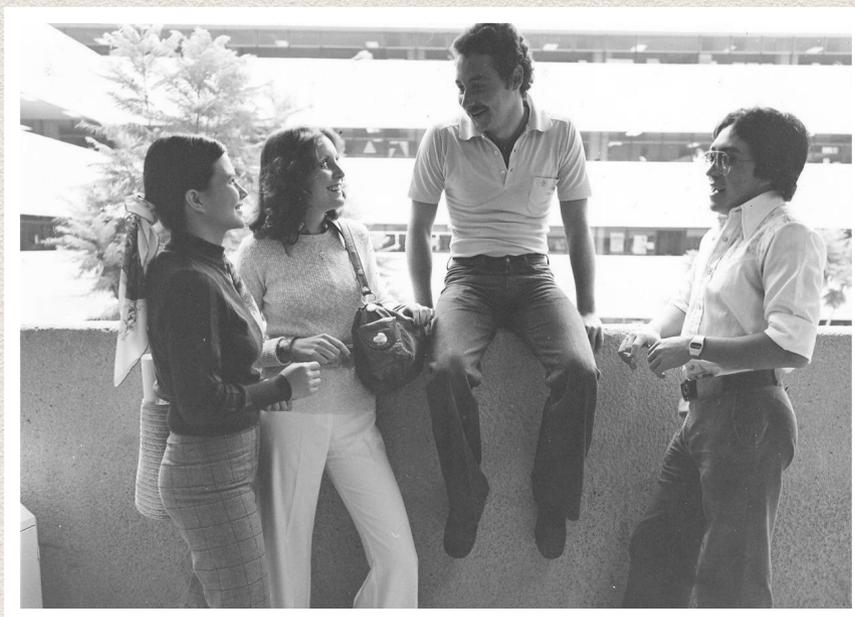
Un recuerdo impactante fue cuando llegué por primera vez a las instalaciones de la universidad: todo era campo y campo alrededor de un edificio central con unas aulas prefabricadas, los famosos “gallineros”. Al margen de una reja de entrada había un canalito con un arroyito, y más allá, la incipiente colonia López Portillo. Cuatro años y medio después, ya había varios edificios que preveían una gran universidad. Y 25 años más tarde, cuando fui por una equivalencia en números de mis notas de la carrera, no supe dónde estaba la entrada, tuvieron que decirme: “Allí, ¿qué no ve el arco con la leyenda y el escudo?”. Ya era un complejo universitario. Caminé por un sendero de cemento, pasé edificios y más edificios y más edificios hasta que llegué a servicios escolares. Ya era muy fácil perderse.

Otra anécdota destacable ocurrió en 1977. Los alumnos de Comunicación nos enteramos de que los equipos de audio y video destinados a la licenciatura se encontraban en Rectoría, mientras los alumnos no contábamos con instalaciones adecuadas, a pesar de que ya se había construido el edificio de talleres. Trabajábamos con equipos muy modestos o nos enviaban a otros lados, como Radio Universidad, para hacer prácticas, las cuales eran limitadas. Ante este problema se llevó a cabo un paro de labores, donde participamos en la organización alumnos de la dos primeras generaciones y se sumaron los de las otras dos. Es importante mencionar que grupos políticos radicales de izquierda se ofrecieron para apoyarnos, pero el movimiento era netamente escolar y no se aceptó ninguna otra injerencia. Al final, después de dos días de paro, nos prometieron darnos equipo para los talleres, asunto que cumplieron y trabajamos con solvencia el último año de la carrera.

He convivido, en mi desempeño como profesor de una universidad pública en Tabasco, con varias generaciones de profesores que son exalumnos de la UAM-Xochimilco. La diferencia con egresados de otras universidades es notoria, los “uameros” priorizan lo social, lo comunitario y la investigación, mientras que otros tienden a enfatizar el pensamiento empresarial, individualista y utilitario.







Jorge Francisco Cañez de la Fuente **Licenciatura en Medicina Veterinaria y Zootecnia**

Mi experiencia como estudiante en la UAM fue totalmente diferente a lo que esperaba, debido a la riqueza de experiencias que ofrecía el sistema modular y, al mismo tiempo, la oportunidad de interactuar y colaborar en forma interdisciplinaria (dada la relativamente pequeña cantidad de alumnos en toda la universidad, en todas las carreras), en todos los sentidos, en el patio, en el "salón naranja", y en las comunidades donde realizábamos un sinnúmero de investigaciones. Todo esto resultó en un aprendizaje inigualable.

Mi llegada a la UAM fue, en realidad, fruto del azar, se abrió esa Puerta al Tiempo y, pues entramos...

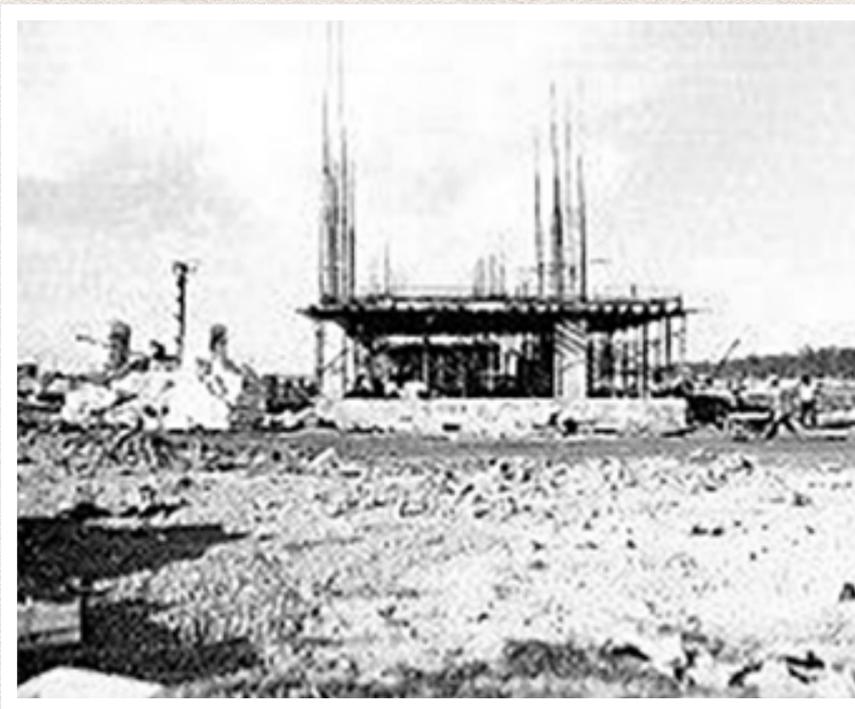
Si volviera a nacer, no hubiera querido estar en ningún otro momento y lugar. Formar parte de la primera generación y su innovadora estrategia de educación me permitió ver el mundo, tanto profesional como personal, con una lente que integraba todos los elementos de la realidad, vislumbrando las posibilidades de ayudar a más gente y mejorar todos juntos.

El sistema modular me proporcionó herramientas para saber buscar información, no rendirme y para integrar conoci-

mientos de otras disciplinas, afines, o no, a primera vista, con el objetivo de resolver problemas, que es a lo que nos enfrentamos al egresar.

Uno de los recuerdos más interesantes e impactantes, además de lo que nos fue ocurriendo cada año, fue cuando nos reunimos en los "gallineros". El Dr. Ramón Villarreal nos habló, se sentó en el piso, como todos nosotros, ya que creo que ni sillas suficientes había, y nos contagió de ánimo y esperanza en lo que íbamos a construir juntos, lo que hoy es nuestra Alma Mater.

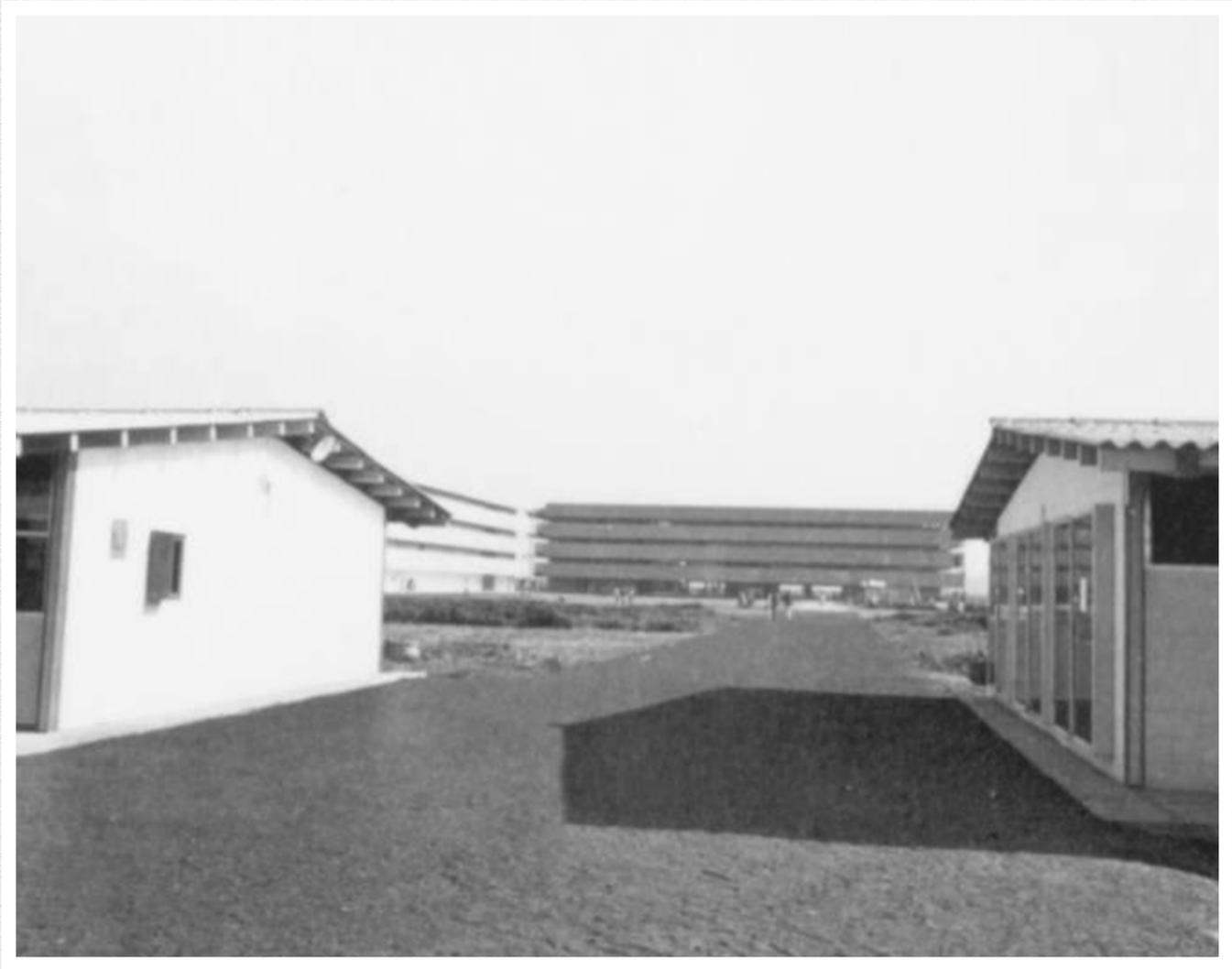








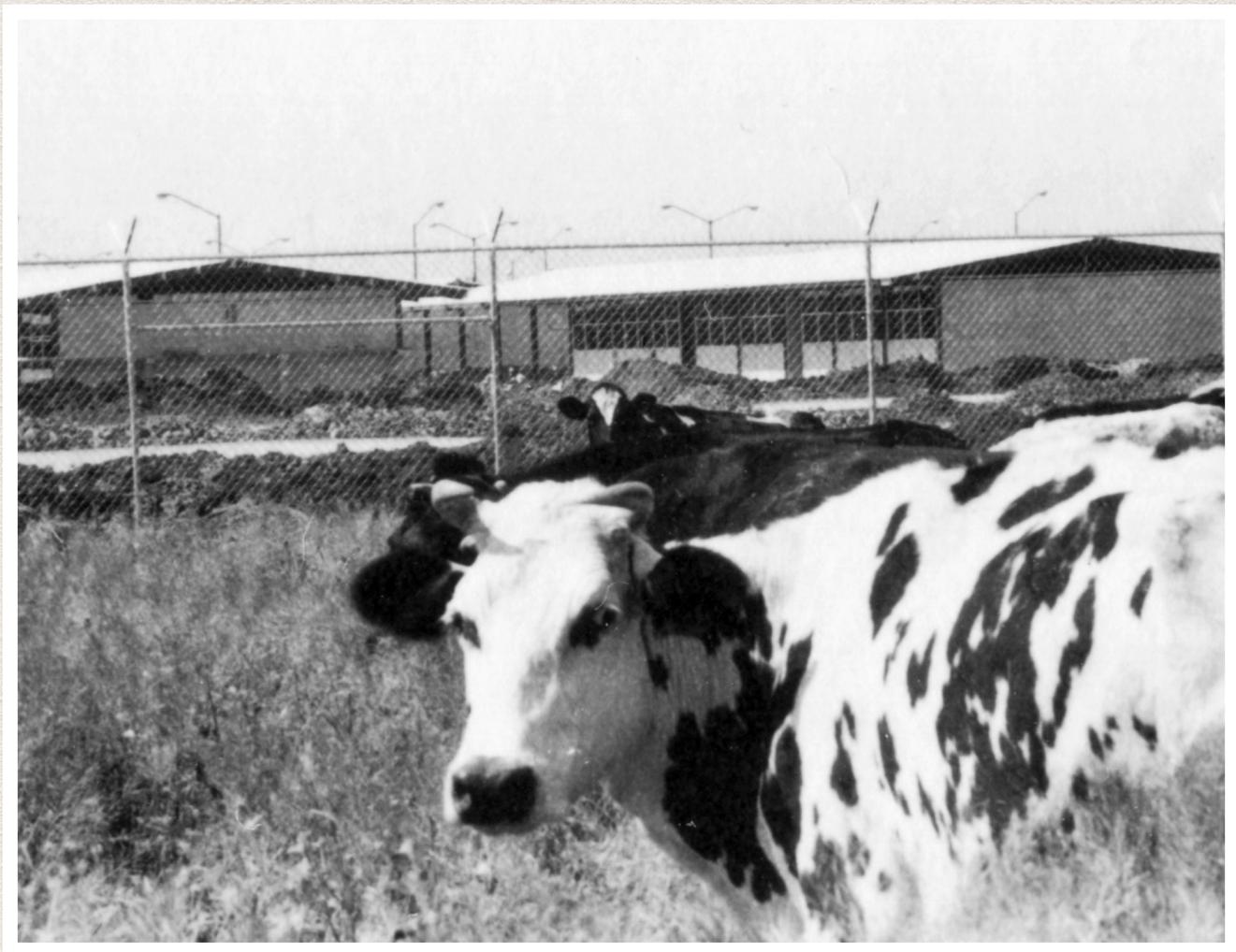


















Ninfa Cepeda Sánchez

Licenciatura en Química Farmacéutica Biológica

Para mí, el sistema modular me brindó la oportunidad de estudiar con mente abierta. Nos invitaba a analizar y reflexionar, permitiéndonos sacar nuestras propias conclusiones bajo la guía de maravillosos maestros, que se convirtieron en nuestros amigos el resto de la vida. Fue un método que fomentaba un acercamiento profundo entre el estudiante y el docente.

A pesar de haber iniciado nuestras clases con unas instalaciones improvisadas, en los llamados "gallineros", nuestra educación fue de primera.







Ricardo de León Banuet

Licenciatura en Ciencias de la Comunicación

Mi experiencia como estudiante en la UAM fue liberadora de principio a fin, por la gran innovación educativa del sistema modular en la Unidad Xochimilco. Algo central que me acompañó durante mi formación fue la enorme fortuna de contar con un extraordinario grupo de compañeras y compañeros, con quienes forjé una amistad que perdura hasta la fecha. Amigos con los que, incluso, tuve también la gran suerte de trabajar dentro del campo de la comunicación.

Mi amigo Adrián Bellón (condiscípulo en la Escuela Moderna Americana) ingresó a la primera generación de Biología en la UAM Xochimilco y me invitó a conocer esta opción universitaria. Yo estaba decepcionado de mi experiencia en Psicología de la UNAM, muy inclinada entonces hacia el conductismo. Entré como oyente a una sesión del tronco interdivisional, con René Avilés Fabila como docente-coordinador. Inmediatamente, me sedujo la dinámica y la filosofía educativa del sistema modular, un contraste sustancial con las formas tradicionales de relación entre la escuela, y los maestros con los alumnos y estos mismos entre sí.

El impacto de la UAM en mi vida profesional y personal fue profundo: aprendí a ver la sociedad, el país, el mundo, como

un todo con sus respectivos sistemas particulares, cambiantes según el tiempo y el espacio. Procuré adquirir nociones básicas de sociología, psicología, economía, política, filosofía, historia, antropología, lingüística, semiología, literatura, arte... todo con una perspectiva siempre crítica. Ese cuestionamiento que comenzaba en la universidad, al evaluar críticamente a cada compañero del grupo modular, al docente y a uno mismo. Aprendí también la maravillosa ética de trabajar en equipo con colegas y miembros de otras profesiones y disciplinas, incluso, con formaciones familiares y escolares más individualistas y competitivas. Aprendí de maestros latinoamericanos que cargaban con fuertes y hasta trágicas experiencias políticas que los habían llevado al exilio en México, y con maestros mexicanos cercanos o involucrados con el movimiento estudiantil del 68. La interacción permanente entre teoría y práctica, el marxismo, el estructuralismo y el funcionalismo, que algunos maestros exponían y nos servía para ampliar nuestras posibilidades del conocimiento. Esta formación me permitió adaptarme sin problema tanto en instituciones públicas, como en empresas privadas.

El sistema modular me brindó la sensibilidad social, la conciencia de las diferencias abismales entre clases, grupos y personas, y empatía con los más desfavorecidos y, por consecuencia, intentar comunicarse con ellos con el mayor respeto y, en la medida de lo posible, incluyéndolos. Aprendí a trabajar en equipo, a valorar los logros como colectivos por encima de los personales y a considerar la cooperación como un valor superior a la competencia y el individualismo. Desarrollé una mayor capacidad autocrítica para desaprender las visiones estereotipadas que constituyen, frecuentemente, las identidades culturales, así como una mayor apertura hacia perspectivas críticas de la realidad.

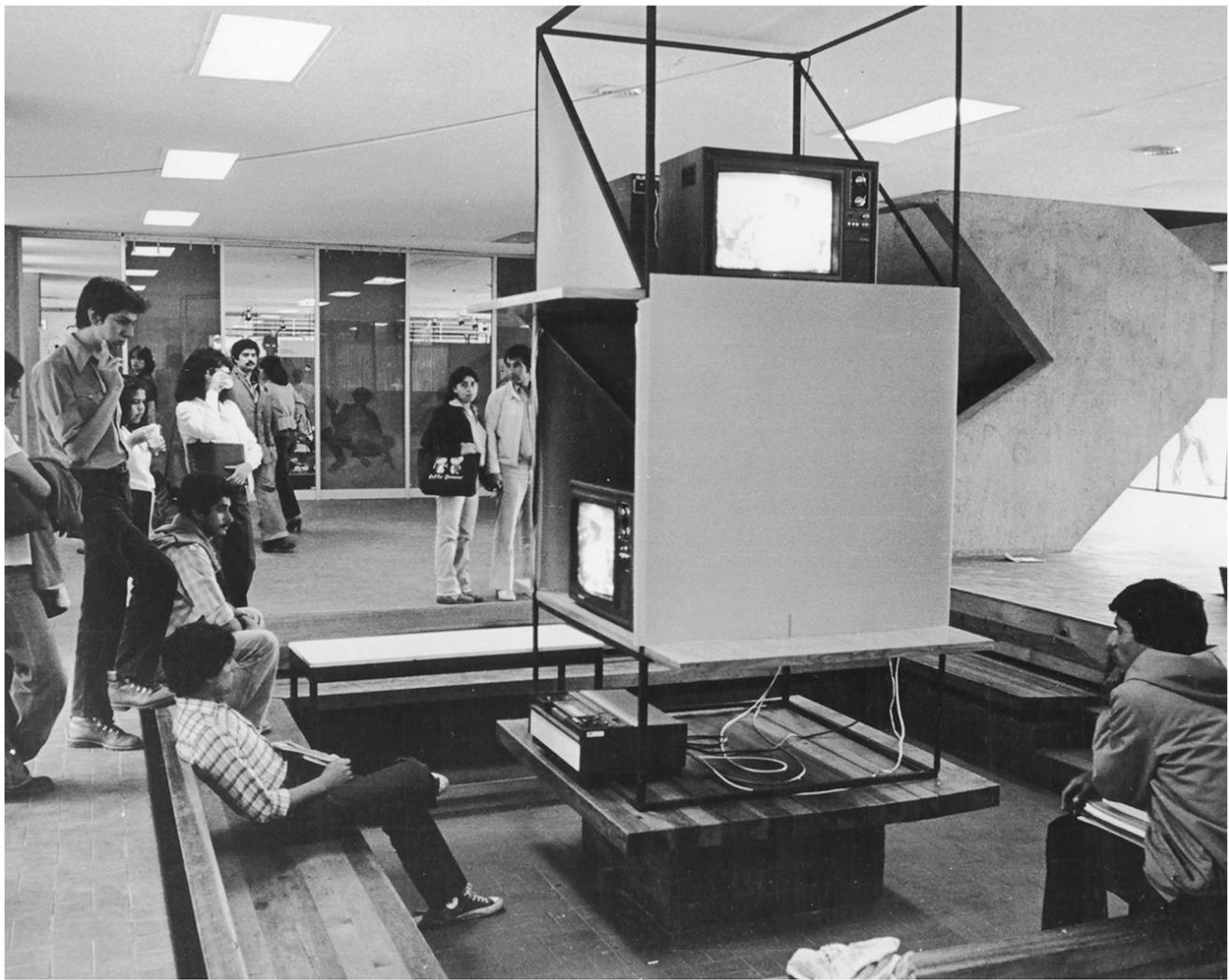
La conformación del grupo extraordinario de compañeros que mencioné antes, se dio cuando a algunos de nosotros tuvimos un maestro que nos pareció demasiado tradicional. Se nos fueron juntando o invitamos a otros compañeros que no estaban convencidos con docentes que les correspondían, y decidimos crear un "grupo independiente", sin maestros, pero con el apoyo y monitoreo a la distancia de la muy querida Betty Solís, a quien varios habíamos disfrutado como docente. Ya conocíamos la dinámica y contábamos con el módulo como

guía... pensábamos que no requeríamos nada más que alguien nos validara académicamente al final. Tan comprometidos estábamos con el estudio y con nuestra circunstancia social, que incluso, apoyamos la huelga del SITUAM con guardias nocturnas. No faltaron estudiantes, e incluso, maestros de otros grupos que nos tachaban de "esquiroles" por seguir estudiando durante la huelga; a lo que respondíamos que para nosotros ambas cosas no se contradecían.

Nos unió tanto esta experiencia "independiente", que varios de este grupo terminamos siendo grandes amigos y, repito, hasta compañeros de trabajo en diversas ocasiones.









Laura Isabel Díaz Trejo

Licenciatura en Psicología

Llegué a la UAM Xochimilco cuando estaba en búsqueda de una segunda carrera profesional. La primera fue como profesora de educación primaria, cursada en el Instituto Miguel Ángel. Trabajé un ciclo escolar y luego decidí continuar preparándome, pero esta vez como psicóloga. Comencé a buscar opciones para ingresar a la UNAM, pero se requería revalidar materias para poder ingresar.

En esas fechas, mientras leía un periódico, vi la convocatoria para ingresar a la UAM. Presenté documentos e inicié con mucha ilusión la posibilidad de ser estudiante de esta nueva universidad, "Casa Abierta al Tiempo". Nos citaron a una plática para conocer más sobre lo que se ofrecía la UAM y con sorpresa nos preguntaron a los asistentes cómo queríamos que fuera nuestra universidad. Algunos de los reunidos se retiraron molestos al enterarse de que no había certeza sobre lo que ofrecía esta casa de estudios, un proyecto que no se comprendía del todo. A mí no me causó gran inconveniente, ya que era profesora y estaba abierta a nuevas formas de enseñanza. De hecho, yo lo llevaba a la práctica con mis alumnos de tercer y sexto grado de primaria (ya comenzada la carrera les causaba curiosidad a los alumnos verme leer, subrayar y

escribir mis fichas bibliográficas de los textos estudiados, les explicaba cómo era ser alumna de UAM y ellos me pidieron tratar algunas materias como Historia y Ciencias Naturales de la misma manera, lo hice con buenos resultados para el proceso de enseñanza-aprendizaje).

Estuve inscrita en el turno vespertino, ya que trabajaba por las mañanas en una primaria ubicada en Ciudad Satélite, y por las tardes, de las 04:00 a las 10:00 horas estudiaba en Xochimilco, siempre con gran gusto y deseos de lograr culminar mi licenciatura. Aproveché la oportunidad de estudiar en un ambiente amigable, donde fuimos atendidos con lo necesario para lograr los objetivos de cada trimestre y lograr la investigación de cada módulo con éxito, pero, sobre todo, con nuevos aprendizajes y con un enfoque muy diferente, a nivel educativo, que me daba la oportunidad de ser curiosa y metódica. Siempre buscaba información para la resolución de problemas en el plano profesional. Esta preparación me facilitó la adaptación a los trabajos en los que he estado, a fin de darme apertura para conocer, investigando sobre temas que desconocía o que requería de mayor profundidad para lograr ser una profesional con resultados positivos.

Más adelante, busqué y obtuve una especialización como psicoterapeuta Gestalt, que me proporcionó más herramientas tanto en mi vida profesional como personal. Hoy, a 50 años de haber sido aceptada para cursar la licenciatura, siento una gran satisfacción y emoción por haber encontrado esa publicación que me invitó a unirme a la UAM, lo agradezco y reconozco todo lo que este proyecto me proporcionó.

Un resumen de mis actividades como Psicóloga incluye: evaluación de personal para ingreso en el ISSSTE, orientadora vocacional de secundaria SEP, Psicóloga en el Centro de Sanciones Administrativas del GDF, conocido como "El Torito", directora del Centro Escolar en el CEVAREPSI (Centro Varonil de Readaptación Psicosocial del GDF), y evaluación y selección de Agentes Promotores para el PENSIONISSSTE.





Luis Enrique Fernández Lomelín

Licenciatura en Biología

Horizonte abierto al tiempo, medio siglo después

A mediados de los setenta, la UAM se asomaba por primera vez a un México adolorido por los eventos del 68, en Tlalteloco, y el 71, por el Jueves de Corpus o "Halconazo", en un mundo dividido entre el primer y tercer mundo, con un segundo mundo que se vislumbraba como una amenaza al poderío capitalista en medio de lo que se conocía como "Guerra Fría". Mientras tanto, nos distraían con Chespirito, Zoveck y Zabudovsky. El concepto de "progreso" se erigía como un estatus aspiracional, en un contexto donde términos como: cambio climático, agricultura industrial, libre comercio, devaluación, sustentabilidad, neoliberalismo, transgénicos, agricultura orgánica o internet aún no se inventaban... o ni siquiera sabíamos que existían. Los productos asiáticos, con excepción de los de origen japonés, eran percibidos como de "mala calidad" y francamente "tercermundistas". Hablar de "desarrollo" en lugar de "progreso" era realmente extraño en un mundo en donde la Revolución Verde prometía acabar con las hambrunas y la pobreza. La vida cotidiana no conocía las manifestaciones socia-

les en las calles y eran raros los embotellamientos provocados por estas. Ir al cine o remar en el lago de Chapultepec eran los momentos para estar con la novia o algunos amigos y podíamos caminar libremente por la ciudad a altas hora de la noche después de ir a la disco o a alguna peña.

Recuerdo que el examen de admisión lo presenté en una secundaria de Iztapalapa, después de asistir al Auditorio Nacional, donde nos dieron información sobre una universidad que aún seguía en construcción. Después de buscar los resultados en algún periódico, en la UAM-Iztapalapa debimos ingresar por ahí del 23 o 24 de septiembre de 1974, en donde todo era nuevo: edificios, aulas, pasillos, jardines, personal administrativo, profesores y estudiantes. Me inscribí en Biología sin estar demasiado convencido, pero fue lo que me pareció más cercano a lo que mi intuición me decía que debía estudiar e influenciado por aquellos programas de televisión de Jacques-Yves Cousteau. Debo confesar que una de las primeras cosas que hice en la universidad fue ir a ver las instalaciones deportivas y lo único que me encontré fueron unas canchas de básquetbol de asfalto, sí, asfalto, además de unas canchas de squash, vestidores y una cafetería. Suficiente para satisfacer mis aspiraciones en el deporte.

Pronto empecé a entrenar en la selección del equipo de basquetbol, todos los días a las siete de la mañana. Recuerdo al entrenador Carlos Salas, que pasaba por mí en su vocho rojo un poco antes de esa hora. Fue en las canchas del basquetbol y squash, en 1975, donde conocí y comencé una larga relación con Elsa con quien vivo hasta ahora.

Terminando el Tronco Común, que por cierto, para nuestra primera generación duró cuatro trimestres, migré a la Unidad Xochimilco para continuar con la carrera de Biología, lo que resultó en un vuelco por la forma de entender y aprender la biología desde la mirada del sistema modular. Ya no había asignaturas ni libros de texto de donde sacar las definiciones o los conceptos. Ahora había que "construirlos" a partir de discusiones, investigaciones y la observación de la realidad desde una mirada problematizadora. Nombres como Freire con su Pedagogía del Oprimido; Piaget con su teoría del conocimiento evolutiva y dialéctica a partir de los postulados de Marx, vagaban por los pasillos en una revolución educativa que poco valorábamos en ese momento, pero que la vivíamos

intensamente con las experiencias en comunidades y el continuo cuestionamiento a los modelos mecanicistas que dominaban la época en una creciente reivindicación disciplinar.

Ser biólogo egresado de la UAM-X nos hizo parte de una novedosa reinención de la profesión, que abordaba ahora la gestión de los recursos naturales más allá de la visión naturalista tradicional pero, sobre todo, descontextualizada de los grandes problemas sociales. Poco a poco, de módulo en módulo, de experiencia en experiencia, abordábamos problemáticas complejas echando mano de aquellos marcos teóricos necesarios en diálogo con los campos empíricos, para entender desde lo biológico problemas sociales, política y económicamente situados, relativos a la gestión de los recursos naturales. Ahora eran los objetos de transformación, los momentos de transformación y los problemas ejes los que orientaban nuestro aprendizaje durante los módulos que inexorablemente acababan en un proyecto de investigación trimestral, que con nuestro tránsito por la carrera transformó en el instrumento de generación de un conocimiento contextualizado y siempre tratando de responder a problemáticas relevantes, vigentes y pertinentes, junto a las comunidades con las que interactuábamos en varias partes del país, tanto en lo urbano, pero sobre todo, en lo rural. Discutir y reflexionar con los docentes sobre qué significaba aprender a partir de plantear problemas en lugar de memorizar los conceptos dados, nos formó para enfrentar la vida no sólo profesional sino personal. Entender que aprender a buscar la información a partir de las preguntas conductoras que responden a la exploración de respuestas a problemas que se construyen con experiencias y no problemas ficticios o como argucias didácticas, fue lo que nos permitió abordar dificultades de gran complejidad, poniendo en dialogo a las disciplinas tecnocientíficas con los saberes locales.

Esto lo fuimos aprendiendo con el acompañamiento de docentes que no sólo creyeron en el sistema modular, sino se arriesgaron a llevarlo a la práctica. Las primeras generaciones de biología de la UAM Xochimilco tuvimos la gran fortuna de contar con profesores como el Mtro. Joaquín Díaz Garcés; Mtro. Filiberto Vega Rodríguez; Dra. Lina Bettucci Rossi, Mtra. Ada Mendez; Mtro. Luis López; Dra. Teresa Barreiro Güemes; Dr. Avedis Aznavurián; Dr. Antonio Flores Díaz; Mtro. Carlos Vilchis; Biol. Noé Hernández; Dra. Aurora Chimal Hernández y, desde luego, a Juan Manuel Chávez Cortés, algunos de ellos

ya fallecidos. Gracias a todos por acompañarnos en nuestra formación,

También me siento profundamente agradecido con mis compañeros de generación: Mónica Lavín, Patricia Thomé, Claudia Lozano, Luis Carrandi (†), Gerardo de la Mora (†), José Pablo Covarrubias y Rafael Vargas, por ser parte de mi vida más allá de la universidad, una amistad que conservamos hasta el día de hoy.

Para mí fue un privilegio haber sido, posiblemente, el primer docente de la UAM, incluso antes de egresar. En el último trimestre de 1978, fui invitado por el jefe de departamento del Hombre y su Ambiente, a impartir el Módulo Recursos Naturales Renovables (cuarto módulo de la licenciatura) a la sexta generación. Fui docente hasta agosto de 1983 que fue cuando me trasladé a Puebla para incorporarme a la SEDUE.

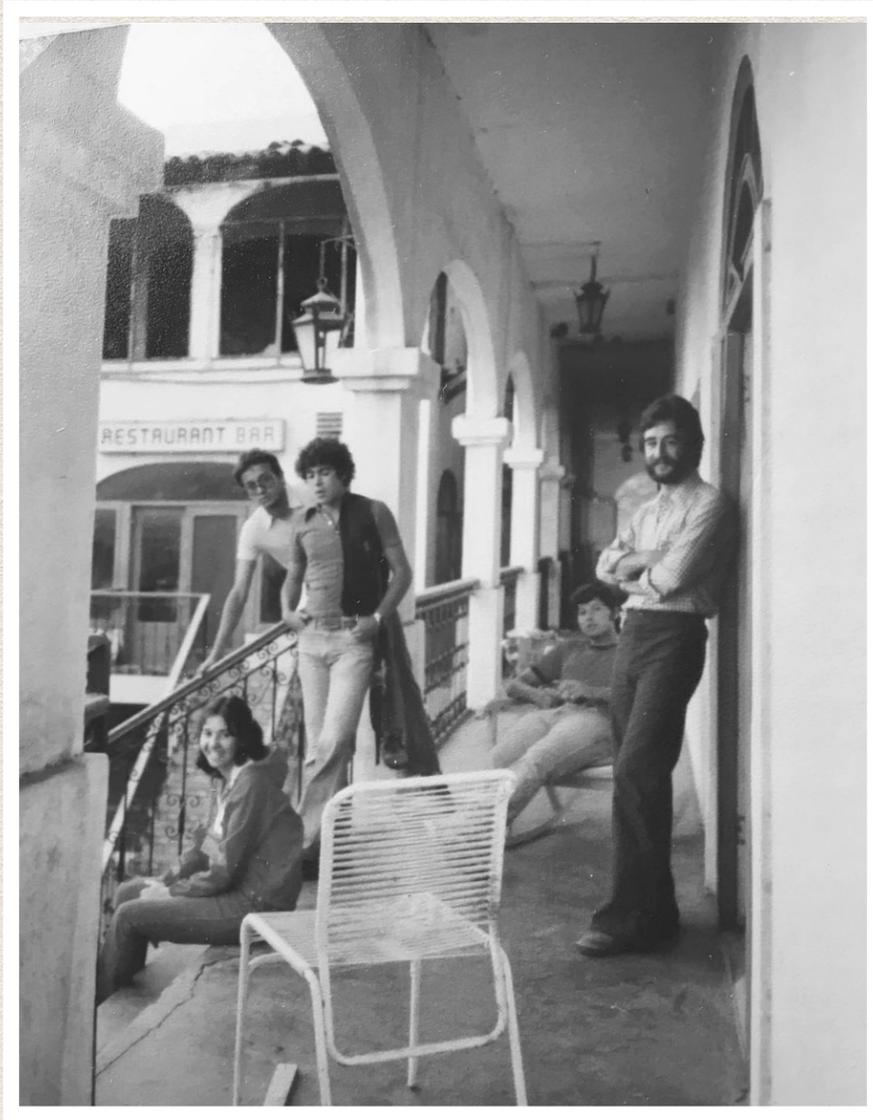
Gracias a la sólida formación metodológica recibida, pude desempeñar cargos de la más diversa índole como ser jefe de departamento de Obras en SEDUE-Puebla, responsable ambiental en Volkswagen, director de ingenierías en IBERO-PUEBLA y contar con una empresa familiar dedicada al ecoturismo y producción de café orgánico en Cuetzalan, Puebla, llamada Reserva Azul, entre muchas otras actividades.

Hoy coordino una licenciatura en Gestión Territorial e Identidad Biocultural, en la sede de Cuetzalan de la BUAP, y que tuve la fortuna de diseñar bajo el sistema modular, orientada por las problemáticas de la gestión del territorio y la defensa de los patri-matrimonios bioculturales.

Cincuenta años después, lo aprendido sobre enseñanza modular sigue más vigente que nunca. Desde luego, hoy enfrentamos otros contextos y realidades que surgen de preguntas como: ¿Qué significa ser de un pueblo originario en el siglo XXI? ¿Cómo construir el buen vivir desde los valores identitarios? Los avances tecnológicos y las nuevas realidades, como el cambio climático, las transiciones ecológicas, la equidad de género, los procesos globales y los modelos de desarrollo insostenibles nos orillan a formar personas que construyan su buen vivir a partir de valores orientados hacia la construcción de la paz.

Muchas gracias a la UAM-X por influir en mi manera de ser y pensar. Muchas gracias por permitirme compartir esta experiencia de vida.







Francisco Teófilo Gaytán Ochoa

Licenciatura en Medicina Veterinaria y Zootecnia

Ingresar a la UAM Xochimilco transformó tremendamente mi visión del mundo. El sistema modular era tan innovador y no tradicional que, al principio me costó entenderlo; sin embargo, me fui adaptando a esa magnífica idea de abordar los problemas agropecuarios de una manera integral, en lugar de tratarlos de forma individual y desconectada. Para mi estilo de aprendizaje, el sistema modular resultó perfecto. Las prácticas tenían sentido, los módulos eran coherentes, y aunque los profesores también eran nuevos en el sistema, parecían veteranos y nos guiaban en cada paso. La diversidad de alumnos era amplia, había estudiantes de familias ricas, algunos extranjeros o con doble nacionalidad, muchos de clase media (la mayoría) y también estudiantes de origen humilde. Todos eran bienvenidos.

Fui aceptado tanto en la UNAM como en la UAM-X, sin embargo, aunque ustedes no lo crean, yo vi un comercial en una sala de cine en Ensenada, Baja California, durante el intermedio y hablaba de una nueva universidad, con ideas nuevas. Había sido rechazado de la Escuela de Ciencias Marinas de Ensenada, una escuela muy rigurosa con un sistema tradicional que no se ajustaba a mi estilo de aprender. Debo confesar que ya

de adulto me diagnosticaron con problemas de deficiencia en la atención. Sigo luchando contra esa deficiencia.

Para mí, ingresar a la UAM fue un despertar: como que me hubieran quitado un velo de los ojos, como que me hicieron despertar a una realidad diferente. Al venir de una familia tan tradicional y religiosa, formar parte de la primera generación de la UAM, simplemente me dijo: "todo lo que habías aprendido antes, era sólo una pequeña parte de la realidad. La verdadera situación del campo en México era totalmente distinta".

El sistema modular me puso los pies en la tierra, especialmente cuando comparaba mi formación con egresados de otras universidades. Aprendí a ver de manera integral los problemas veterinarios. Nunca eran problemas aislados, eran problemas complejos que deben de abordarse desde múltiples perspectivas y, a veces, no hay una sola respuesta, sino varias formas de resolver un problema tan sencillo como tratar de salvar la vida a una camada de lechones con colibacilosis. Por cierto, esa vez, toda la camada murió y el profesor Delgado, a quien le llamábamos "My-Lord", por haber terminado sus estudios de maestría en cerdos en Inglaterra, nos puso los pies en la tierra y nos mostró las fallas de haber tratado una camada de lechones con diarrea de una manera unidireccional. Aunque perdimos a toda la camada, no lo volvimos a repetir, y de hecho eso nos sirvió tremendamente para ver cada caso clínico de una manera multidireccional.

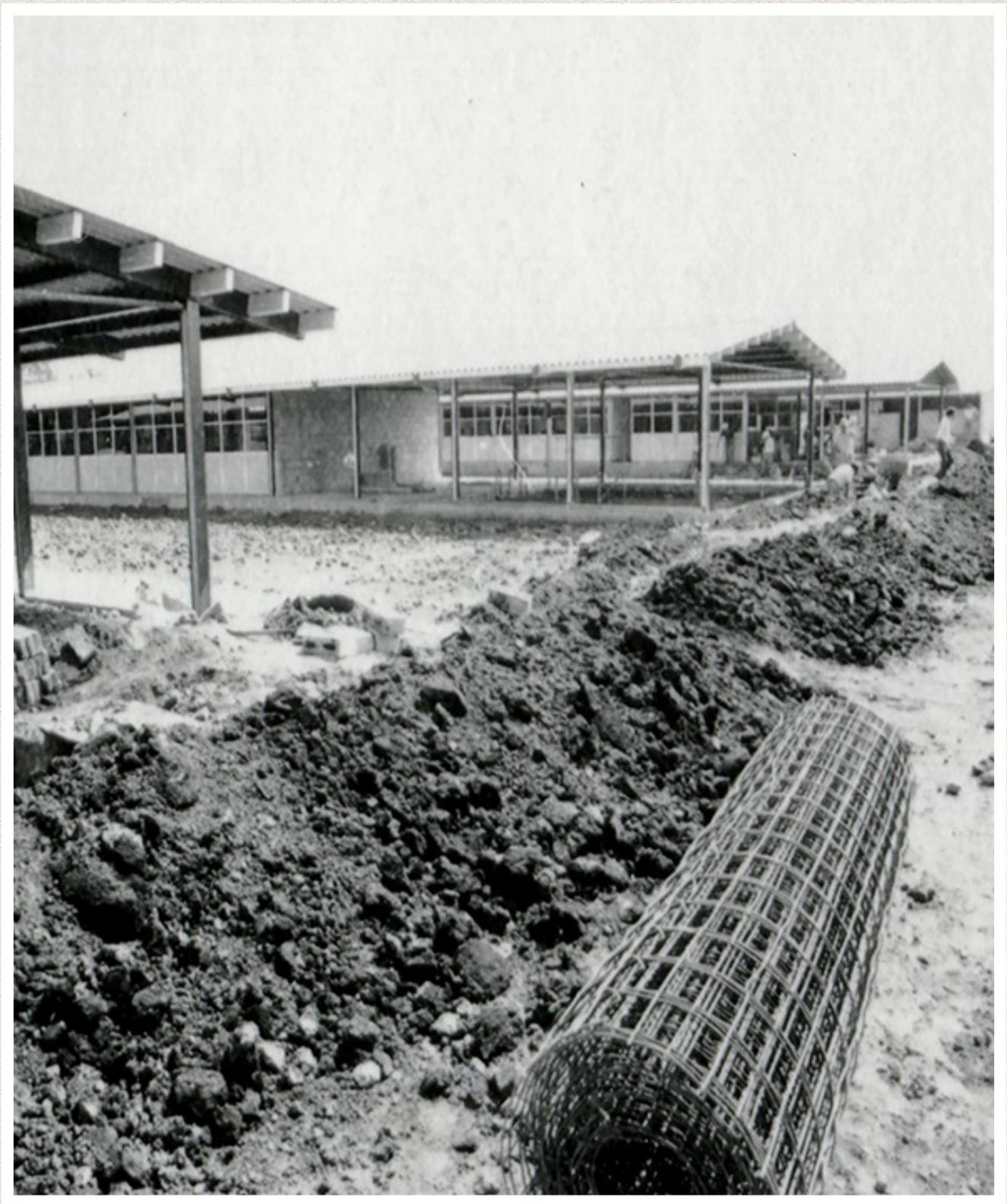
Tengo que mencionar que el servicio social que realizamos en San Salvador Cuauhtenco, Municipio de Milpa Alta, fue transformador. La gente nos acogió sabiendo que éramos practicantes de veterinaria y propensos a cometer errores; sin embargo, nunca nos sentimos rechazados, al contrario, siempre nos invitaban a la celebración anual de San Salvador. Nos invitaban a comer y nos recibían agradecidos por brindar nuestro servicio social a su comunidad.

Nosotros tomamos todas nuestras clases en los famosos "gallineros". Correcto, parecían gallineros, eran aulas de estructuras prefabricadas, muy ruidosas cuando llovía, con amplias ventanas que distraían mucho (bueno, al menos a mi), ya que nos permitían ver a lo lejos y hacia afuera todo el tiempo. El Doctor Carlos Pedraza, quien nos enseñaba a balancear dietas para diferentes especies de animales (Recursos Forrajeros) y a utilizar el laboratorio de bromatología animal, era

famoso por hablar en voz alta mientras caminaba por el largo pasillo entre el impresionante y moderno edificio de administración y los humildes gallineros. Caminaba hablando solo y haciendo cuentas en una diminuta libreta de notas. Nadie se atrevía a interrumpirlo en ese trance de ideas mentales de ingredientes como soya, maíz, sorgo, etcétera. Esa actitud motivó a Panfilo Natera, un compañero muy astuto en las bromas, a imitarlo a la perfección, lo que nos hacía reír a carcajada abierta con sus ocurrencias. El profesor Pedraza, que hablaba francés y era muy abierto a las bromas, nunca tuvo problemas con que lo imitáramos. Cuando salimos a prácticas de campo por varios días, se aseguraba de que cada visita fuera de máximo provecho, y teníamos reuniones por la noche y nos hacía muchísimas preguntas que nos hacían reflexionar sobre cómo mejorar, tanto las instalaciones como la dieta de los animales. A veces, las instalaciones estaban mal orientadas y había detalles que sólo con la observación de un veterano se podía encontrar la solución a un problema mayor. Pero esa orientación que recibimos de la UAM-X, nos hizo ser más críticos en nuestros diagnósticos y soluciones.

Estoy honestamente muy agradecido de haber elegido ingresar a la UAM-Xochimilco.

Francisco "El Estilos".









María Elena Girard Cuesy

Licenciatura de Química Farmacéutica Biológica

Al terminar la preparatoria, tenía que esperar seis meses para presentar el examen de admisión a la UNAM; sin embargo, mi padre me comentó sobre una nueva universidad, cuya fecha de examen de admisión era más cercana. Así fue como presenté la prueba de ingreso a la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco; lo aprobé y realicé allí mis estudios de licenciatura en QFB, formando parte de la primera generación y pionera en el sistema modular, el cual me dio las bases para incursionar en diversas materias y reforzar mis conocimientos fuera del aula. Tuve grandes maestros mexicanos y sudamericanos, de quienes aprendí, no sólo de un cúmulo de conocimientos, sino también las nociones de integridad, solidaridad y humanismo que me han guiado, tanto en mi vida profesional como en mi vida personal.

Antes del 10 de noviembre de 1974, nos citaron a una reunión en Insurgentes Sur, cerca de *Radio Mil*. Asistí y un compañero me indicó el camino de regreso a la casa de mis tíos Guillermo y Zoila, donde viviría casi todo el tiempo durante mis estudios en la universidad. Ese día me perdí por primera vez en esta gran ciudad, pero afortunadamente, mis tíos acudieron en mi rescate. Venía del estado de Chiapas y desconocía la ciudad.

Días después, mi tío me dijo qué camión debía tomar para llegar a la universidad. En mi primer día de clases me perdí por segunda vez ya que me bajé antes de tiempo y atravesé la milpa contigua a las instalaciones de la UAM, después un camión de Bimbo me dio el aventón y llegué bien.

El tronco común del primer año fue una experiencia novedosa, enriquecedora, innovadora, llena de diversos conocimientos y el inicio de esta aventura universitaria. Contamos con grandes docentes, palabra nueva para nosotros, como Luis Berruecos e Israel Speckman, y excelentes compañeros con los que compartimos los partidos de fútbol y las visitas a Xochimilco. Experimentamos la nueva modalidad de enseñanza-aprendizaje del sistema modular, que abordamos con alegría y un gran optimismo. Incursionamos en temas sociales, ajenos hasta ese momento a mi formación en ciencias de la salud; asistimos a una comunidad, a una escuela de educación especial y a algunos mercados, para realizar una investigación sobre deserción escolar como primeras experiencias de contacto con la realidad. El tronco común nos abrió una perspectiva diferente y real de la vida.

Los salones en la universidad eran los llamados coloquialmente “gallineros”, donde se encontraba el salón azul, tenía muchos cojines, juegos y conciertos que ahí se realizaban; recuerdo el de un grupo llamado Jazz Libre. La fiesta de fin de año en la carpa de circo, instalada en lo que después serían las canchas, fue algo memorable por lo ingeniosa y divertida que resultó. Formamos un equipo de basquetbol y nos divertimos, sufrimos y tratamos de jugar dignamente bajo la batuta de José Luis Velázquez, nuestro entrenador.

Cuando iniciamos el cuarto trimestre y comenzamos a tomar los módulos de la licenciatura elegida, las aulas que me correspondían se encontraban en el Edificio B, donde estrenamos los laboratorios de QFB. En esos días, mis amigas del tronco común, Elsa Nora Vela, Pilar Hernández y Ana María Mancera, me llamaban desde el jardín para que me uniera a ellas y estudiara estomatología; me hicieron dudar, pero me quedé en QFB.

Siempre ha sido motivo de orgullo para mí platicar que formé parte de la primera generación de la UAM-X, un proyecto que se ha consolidado con el tiempo. Y me divierte decir en broma que fuimos conejillos de indias de un experimento exi-

toso. Personalmente, fue una experiencia que me enriqueció como ser humano por la formación humanística que recibí, la cual también ha sido fundamental para mi desarrollo profesional. Creo que el ambiente universitario propició también el acercamiento a la cultura: tuve acceso a conciertos como Los Folkloristas, Isabel y Ángel Parra, Nacha Guevara y Alberto Cortés, entre otros. También, recuerdo los “Sábados de cine”, en los que José, mi actual esposo, y yo, éramos los únicos asistentes y nos veíamos en la necesidad de buscar al proyccionista por toda la universidad para que nos pasara la película programada. Así mismo, escuchar a Aleksandr Ivánovich Oparin, célebre biólogo y bioquímico soviético, autor de la obra *El origen de la vida*, fue una experiencia única.

El sistema modular nos formó de manera intensa y progresiva al llevar a cabo, cada fin de trimestre, pequeñas investigaciones con un enfoque interdisciplinario. Al compararme con colegas de otras universidades, tal vez teníamos algunas lagunas en los conocimientos básicos, pero contábamos con las herramientas y el ímpetu para realizar las búsquedas bibliográficas necesarias a fin de subsanar estas deficiencias y afrontar con eficacia las situaciones que había que resolver. Desarrollamos la costumbre de ir a la biblioteca y buscar información de manera eficiente, lo que fomentó mi amor a los libros, ya que en ese entonces las bibliotecas eran lugares vivos a los que acudíamos con gusto, pues no se contaba con internet, como ahora. También aprendimos a hablar frente a diversos públicos con mayor serenidad que otros compañeros, aunque los nervios aún siguen presentes.

Recuerdo los módulos con Raúl Laguzzi y Fernando Antón Tay, cuyo programa se inició con el plan de estudios de QFB; a Cuauhtémoc Pérez y lo difícil que me resultó su materia; el viaje a Veracruz y Oaxaca que realizamos con Salud Pérez y Esperanza Vázquez, y lo bien que la pasamos mis amigas más cercanas y yo en ese viaje. Un recuerdo muy simpático es el de Carlos Cristóbal enseñándonos a manejar ratitas de laboratorio; él nos dijo: “Ustedes háblenles cariñosamente a las ratas y díganles que se calmen, que no les van a hacer nada”. Nosotros seguimos su consejo al pie de la letra, y al rato, Carlos Cristóbal nos dijo muy serio: “A las ratas no les sirve de nada, pero qué tal, ustedes están bien tranquilas y ya no las intimidan con sus chillidos”. Con Fela Viso traducimos el *Goodman* y

Gillman para tener las más interesantes clases de Farmacología. Casi al término de la carrera, la maestra Adriana Domínguez invitó al Dr. Carlos Ramón García a impartirnos un curso de Biofarmacia, lo cual marcó mi vida profesional, porque la biofarmacia se convirtió en el eje de mi quehacer profesional. Estudié la maestría en el Laboratorio de Biofarmacia, de la Facultad de Química de la UNAM, donde participé como voluntaria en estudios de bioequivalencia y realicé pruebas y perfiles de disolución, que en mi caso no fue desilusión, como solemos decir en broma; yo encontré en la disolución una gran riqueza de información útil para diseñar y mejorar el desempeño *in vivo* de los medicamentos mediante la interacción fármaco-medicamento-organismo.

Finalmente, quiero decir que agradezco a mi padre su sugerencia de presentar el examen de admisión en la UAM-X, pues la experiencia, las vivencias, las habilidades, los conocimientos, la sensibilidad, el trabajar por el bienestar, los docentes, los compañeros y un gran etcétera han enriquecido mi vida de manera plena y exitosa, todo lo cual se inició en esta Casa Abierta al Tiempo.









Hugo González Rubio

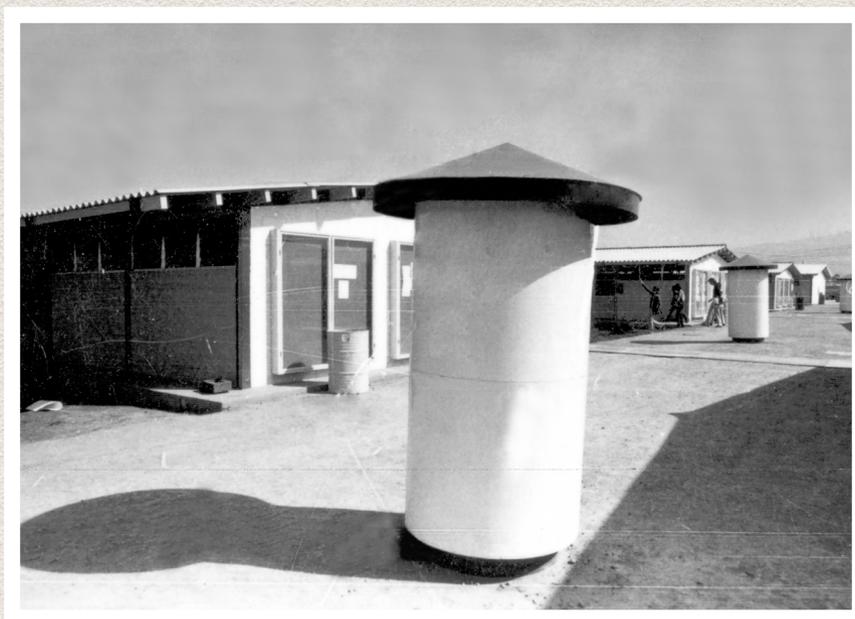
Licenciatura en Estomatología

Disfruté mucho mi tiempo en esa maravillosa universidad, siempre me sentí muy a gusto en la carrera y en la convivencia con mis amigos.

Elegí la UAM porque era una escuela nueva, con un plan de estudios diferente y porque cuando la conocí, me enamoré de ella.

Terminar mi carrera en la UAM me permitió abrirme paso en la vida, el ambiente me gustó mucho y me permitió formar un gran grupo de amigos. El sistema modular me ofreció un enfoque diferente sobre mi carrera, un enfoque multidisciplinario.

Entre los recuerdos especiales o anécdotas de mi estancia, destaco el gran ambiente con mis compañeros de generación y con los de las otras generaciones, con quienes pude convivir, tanto en la vida profesional como dentro de la universidad. Hasta la fecha, mantengo una gran amistad con muchos de ellos.



Edgar Carlos Jarillo Soto
Licenciatura en Medicina
Maestría en Medicina Social

La experiencia de ingresar y cursar estudios de licenciatura y maestría en la UAM fue fundamental en mi formación académica y en mi vida, en varios aspectos: en primera, constituyó la comprensión de una forma de educación totalmente transformadora de mi realidad personal, para ubicarme en el mundo y para transformarlo como una inquietud ya perfilada desde el bachillerato; en segunda, significó el descubrimiento de una forma de pensar, interpretar y actuar en la salud con un marco mucho más amplio y comprensivo a como lo había visto hasta entonces; y tercero, porque amplificó mi perspectiva de existencia en el quehacer académico, como espacio de cambio social y con un sentido universalista, en el campo de la salud específicamente.

Cuando elegí la UAM, sólo sabía que era una universidad nueva y para mi procedencia de una ciudad de provincia, muy cercana a la capital, significaba una opción para fugarme del entorno limitado y asfixiante donde había estudiado hasta el bachillerato. Ignoraba todo sobre el modelo educativo de la UAM, en particular del Sistema Modular (SM), pero sí tenía clara la búsqueda de una educación diferente a la tradicional. Aquí descubrí formas docentes enriquecedoras de trabajo acadé-

mico, la reflexión permanente del conocimiento con la realidad, el compromiso de mi formación con la realidad social, el cuestionamiento constante para trascender la experiencia y convertirla en conocimiento científico; la investigación como forma de pensar y adquirir conocimiento nuevo y, especialmente, la relación con docentes y compañeros en un clima horizontal, creativo, lúdico y constructivo.

Mi ingreso a estudiar, y permanecer, en la UAM ha tenido un impacto positivo en mi vida personal y profesional, en primera instancia, durante mis años de estudiante me proporcionó la oportunidad de contribuir a construir mi propia universidad, con un sentido innovador, trascendente, muy importante en la vida nacional y de América Latina.

Mi participación en los primeros órganos colegiados (Consejo y Colegio Académicos) significó entender la universidad desde una complejidad epistémica, organizacional, política, y sobre todo académica, en una dimensión social no imaginada hasta entonces. Fue un reto inmenso para entender la educación, la ciencia, la cultura, mucho más allá de los módulos propios de la licenciatura que cursaba, y obligó la lectura de materiales diversos con planteamientos, conceptos, reflexiones, mucho más complejos que mi propia capacidad de apropiación por mi escasa formación intelectual; hubo charlas interminables con figuras docentes relevantes, cuestionando mis juicios, afirmaciones y retando mi propia capacidad reflexiva para pensar más allá de los límites del marco profesional. La prolija vida intelectual de los años fundacionales motivó la permanente búsqueda de significados existenciales para trascender la formación médica recibida, que si bien, era innovadora, me resultaba estrecha para encauzar las aportaciones vislumbradas en la cotidianidad del SM; así descubrí, para mí, la veta de pensar la salud desde las ciencias sociales, lo cual ha significado la continuidad de mi vida académica dentro de la propia Universidad.

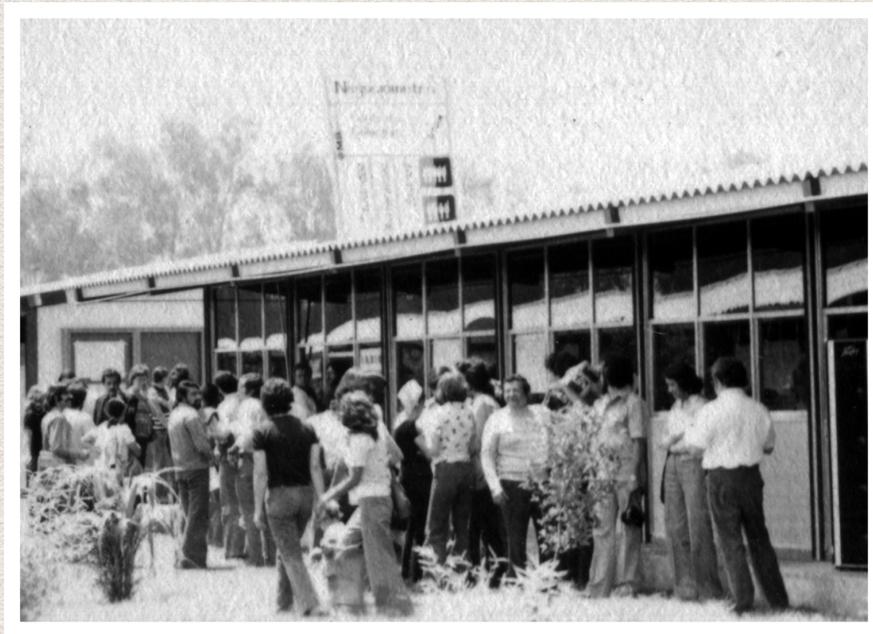
La oportunidad de participar en espacios de México y países de América Latina tempranamente, ha fortalecido mi convicción de la medicina social y salud colectiva como una alternativa científica, técnica y política con proyección al ámbito nacional y de América Latina hacia el gran objetivo de evitar las inequidades y desigualdades sociales, como paso necesario para mejorar las condiciones de vida y salud de la humanidad.

Es una concreción del SM para articular el desarrollo científico con el compromiso social, como forma de existencia en distintos niveles, por ejemplo: enfocar mi actividad cotidiana con un sentido de crear, operar, contribuir en distintos dispositivos de intervención para construir una sociedad, nacional y universal, más equitativa, solidaria, incluyente, transformadora de sus propias limitaciones.

Esta reflexión apretadísima, no soslaya la vivencia cotidiana de situaciones concretas de los años fundacionales, por ejemplo, la reunión de bienvenida en uno de los "gallineros" que sería la biblioteca, con el Rector Villarreal y los primeros, escasos funcionarios de la Unidad Xochimilco; los cartones en el piso de cemento aun sin fraguar totalmente; las palabras, la horizontalidad del trato. El "salón naranja", espacio lúdico y creativo, donde pude ver en video y escuchar por primera vez completa la novena sinfonía de Beethoven; la pastorela en diciembre de 1974, y actos culturales en "la carpa" con un frío inclemente.

Un recuento de personas significativas para mí, resulta inevitable, a riesgo de omisiones involuntarias, mencionar al propio Ramón Villarreal, quien me dedicó tiempo para darme pistas e involucrarme en la educación médica, tema que él había desarrollado desde años anteriores a su rectorado aquí. Luis Felipe Bojalil Jaber, quien con su tono pausado y tolerante, motivo reflexiones para tratar de comprender la complejidad de su pensamiento sobre el sistema modular. Fernando Mora Carrasco, quien me acercó con su tono jocoso y pausado a cuestionar evidencias científicas y reconstruirlas "desde dentro y desde fuera". Hugo Mercer, con actitud pedagógica donde la haya; me indujo a pensar la salud desde la sociología y me aproximó al núcleo primigenio de la medicina social instalado en la UAM-Xochimilco desde 1975, puerta abierta para nunca más cerrarse. La presencia de muchas personas más, docentes, trabajadores y compañeros/as estudiantes es exhaustiva y se agolpa en mi memoria, pero el espacio es limitado...

Solo puedo decir: lo que soy y lo que he construido desde donde he estado dentro y fuera de la UAM, es consecuencia de la UAM, y mi gran preocupación actual es garantizar la existencia de los proyectos trascendentes de esta Universidad para los próximos cincuenta años, sin perder su esencia ni su proyecto social.



Ernesto Larrondo Montes

Licenciatura en Medicina Veterinaria y Zootecnia

Como la mayoría de los estudiantes, pensábamos en una carrera o licenciatura en una universidad tradicional como la UNAM, el IPN, la UDG o la Narro; sin embargo, fue una sorpresa descubrir el sistema modular y el tronco común, creo que esto hizo desertar o darse de baja a algunos alumnos.

La creación de la UAM permitía no perder un semestre, ya que al salir de la preparatoria para presentar examen e inscribirse en las instituciones establecidas, los calendarios escolares de la SEP no eran concordantes.

Antes de que hubiera alguna construcción en el campus Xochimilco, fuimos citados para conocer el proyecto y la ubicación de la universidad. Recuerdo que sólo había terrenos recién limpiados, algunos letreros que explicaban parte del proyecto, un establo circunvecino y nada más. No recuerdo si ese día (aproximadamente tres meses antes de comenzar las clases) o el primer día de cátedra, se instaló una gran carpa en la que la crotalista Sonia Amelio ofreció un memorable concierto.

Lo cierto es que tres meses después, en agosto de 1974, la universidad comenzó a funcionar en unas aulas preconstruídas que bautizamos como "gallineros", una biblioteca de iguales

características donde existían copias de la bibliografía modular con un ejemplar por alumno, algunas de ellas en inglés.

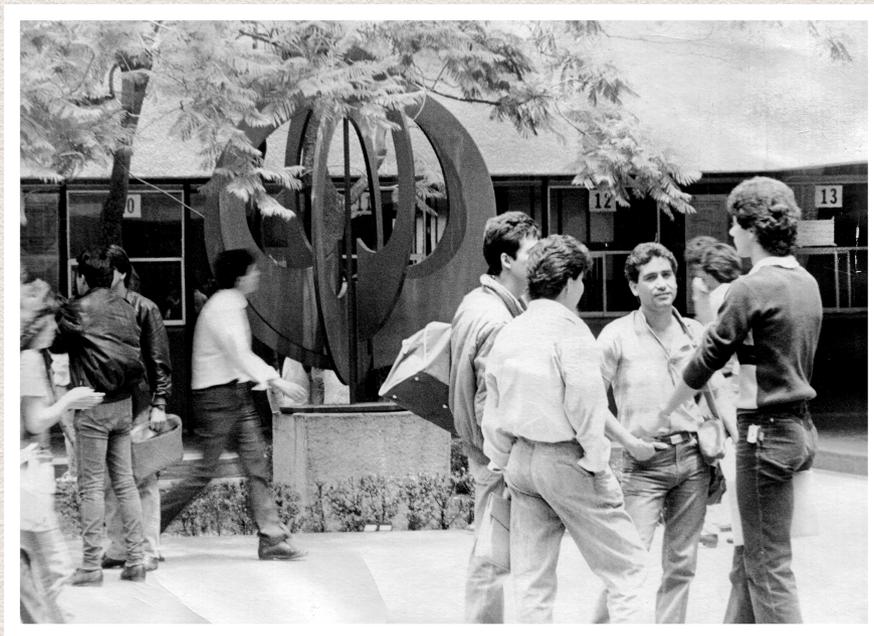
Recuerdo que el primer día de clases hizo un frío congelante, pero a la mañana siguiente, todos los salones ya contaban con calentadores de gas. Tiempos aquellos donde había presupuesto para la educación.

Creo que, por ser un proyecto del expresidente Echeverría, la universidad recibió recursos materiales e intelectuales sin límites. Tuvimos la suerte de contar con maestros médicos veterinarios reconocidos como los mejores en su especialidad: Heberto Esparza, Miguel A. Márquez, Federico Carbajal, Carlos Peraza, Ramiro Ramírez Necochea, entre otros.

También, recuerdo la llegada de varios maestros chilenos exiliados. De la primera generación de medicina veterinaria que terminó en tiempo y forma sólo fuimos ocho integrantes, aunque en la fiesta de graduación nos juntamos unos 40, incluyendo a los pegostes de la segunda generación.

En mi caso particular conocía a mi esposa en la universidad y ya vamos a cumplir 45 años de casados.





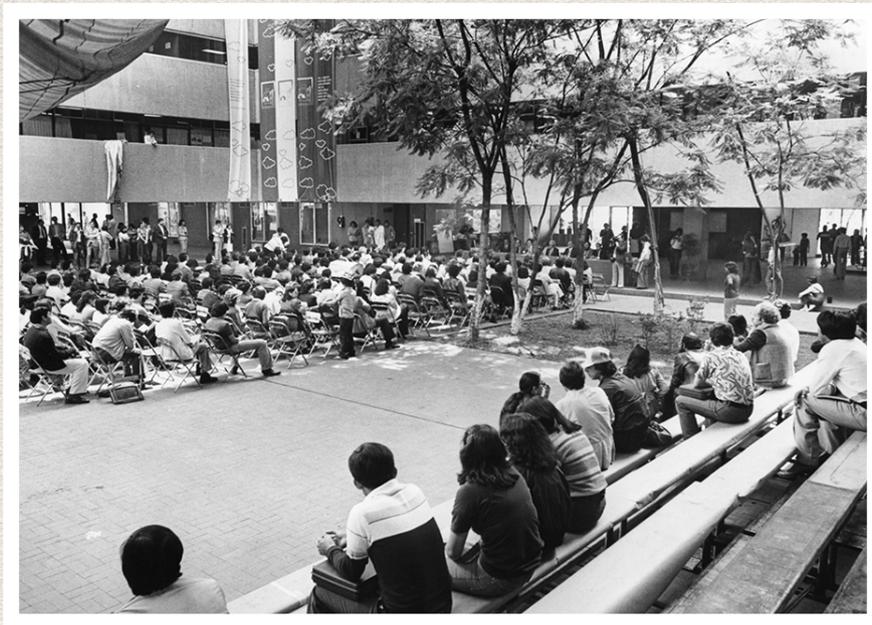
Jaime Llano Medina

Licenciatura en Ciencias de la Comunicación

Nebulosa, en los años 70, el sistema modular era prácticamente desconocido. Por casualidad había cursado la preparatoria en el sistema CCH, lo que ciertamente me facilitó la adaptación. Aunque hoy reconozco las ventajas académicas del sistema y del programa de estudio, no cabe duda que la mejor experiencia fue la que se generó entre todos los compañeros; la aventura en la UAM-X me marcó profundamente.

Era la opción para no esperar a la UNAM ni a la Ibero. Convivir con gente única, siendo parte de los primeros resultados del sistema modular, me enseñó a tener una visión holística de la profesión.

Hay una anécdota que marcó mi vida. En 1976, varios compañeros de la generación y yo fuimos a un congreso estudiantil de comunicación en Guadalajara, Jalisco. En una confusión, nos balearon en una taquería. En ese trágico incidente, mi mejor amigo murió de un plomazo en la cabeza.



Guisela Jannet Murad González

Licenciatura en Ciencias de la Comunicación

Dentro de mi formación académica, la UAM fue una de las más grandes experiencias desde el primer día que pisé las pequeñas instalaciones que eran llamadas “gallineros”. Sólo el edificio central estaba construido, que acogía la Rectoría, la biblioteca y varias oficinas. Fuimos una pequeña generación, lo que hizo que nuestra convivencia fuera más estrecha.

Fuimos los primeros en estrenar los equipos de televisión, el taller de radio y el de cine. En lo personal, el taller de periodismo fue una parte importante en mi desarrollo profesional; descubrí que me gustaba investigar y escribir. La maestra Elvia me invitó a trabajar por primera vez en el periódico *El Día*, fue mi primer oportunidad laboral; sin embargo, no era lo que buscaba, así que opté por el taller de cine; con el equipo que formamos se inició una de las experiencias más inolvidables, desde saber convivir durante nueve meses, conocer al pueblo de Tepoztlán; formamos un grupo maravilloso.

Elegir el taller de cine me hizo descubrir que la fotografía era otro inicio de mi formación, estudié la carrera en la Escuela Activa de Fotografía, donde también encontré grandes amigos y hermanos del alma.

Elegí la UAM Xochimilco porque en ese entonces era la única opción disponible, pero resultó ser la mejor y si pudiera volver el tiempo atrás, seguiría el mismo camino que me llevó a una universidad rodeada de campos llenos de cultivos y vacas. No había casas alrededor, y durante mi trayecto diario en el camión que salía de Taxqueña y recorría Canal de Miramontes y Calzada del Hueso, disfrutaba y me preguntaba: ¿Elegí el camino correcto?

En aquellos años, era fácil encontrar trabajo. Al principio, trabajé en la SEP, Banco del Atlántico y en Nacional Financiera; sin embargo, mi mayor logro fue trabajar como fotógrafa independiente para varias editoriales, como McGraw-Hill, Thomson Editores, Prentice Hall, Publicaciones Cultural, entre otras.

El sistema modular me encantó, primero porque no había exámenes y segundo porque me encanta investigar. Fuimos una generación única, grandes compañeros y amigos. Hasta la fecha nos hemos reencontrado y ha sido maravilloso encontrar a esos amigos del alma que se convierten en hermanos y que formaron parte de una familia a la que amo profundamente. Tuvimos la libertad para expresarnos y seguir cada uno sus sueños y metas en la vida.





Gabriela María de los Ángeles Ochoa Ruiz **Licenciatura en Estomatología**

Mi experiencia en la UAM en su inicio fue un cambio radical, ya que el sistema modular era totalmente diferente a mi educación anterior completamente tradicional.

La UAM representaba algo nuevo y me gustó tanto el sistema, como el pertenecer a una universidad joven que ofrecía una nueva experiencia de vida.

Fue increíble formar parte de la segunda generación, lo que significó un crecimiento y aprendizaje de vida, en una universidad que iniciaba con mucho brío, y ser parte de ella contribuyó en gran medida a lo que soy.

Profesionalmente, senté las bases para continuar con mi maestría en Odontología Infantil, especialidad que sigo ejerciendo hasta la fecha.

El sistema modular me permitió poder comunicar y expresar mis conocimientos, además de desarrollar un criterio amplio que ha sido fundamental para mi desarrollo profesional.

Tengo muchos recuerdos y anécdotas de mi tiempo en la UAM, pero lo más importante, es la gran y profunda amistad que nació con mis compañeros y amigos, que perdura hasta hoy y que continúa con nuestras reuniones anuales.





Beatriz Oetling Ihnen

Licenciatura en Comunicación Social

Elegí a la UAM Xochimilco para mi formación porque proponía un método nunca visto en México. La universidad ofrecía un enfoque que incluía el contacto directo con la realidad, y el aprendizaje a través de la discusión, la investigación y el servicio, todo esto mediante un sistema modular. ¿Se logró? En parte, definitivamente sí. Sin embargo, faltó un mayor enfoque en el servicio y, evidentemente, experiencia en el proyecto.

Los primeros años de la carrera fueron intensos, muchas discusiones, nuevos métodos, abundante trabajo y grandes compañeros y amigos. Hubo obstáculos, como la falta de material en los talleres, una desorganización evidente y mucha improvisación. A pesar de ello, salimos adelante porque lo que no nos faltó fueron ganas, ¿y lo logramos! Profesores/docentes comprometidos con el proyecto y la universidad, que cuestionaban e incitaron a la lectura y discusión. Nos comíamos el mundo. Tengo recuerdos maravillosos.

Sin embargo, el haber cursado la carrera en la UAM me confrontó con una realidad que desconocía. Hice mi bachillerato en una muy buena escuela particular, sin tener la más mínima idea de lo que era el México en aquellos días. Vivía y estudiaba en una burbuja. La UAM me abrió los ojos y me permitió crecer

como ser humano y profesionista. Pertenecer a la segunda generación fue un reto que considero todos solventamos con éxito. No fué fácil aprender radio, televisión, cine y fotografía en los talleres faltos de material y recursos. Aceptamos los famosos “gallineros” de los primeros módulos, pero no la falta de equipos en los talleres. Así que nos fuimos a huelga... y aparecieron equipos. No para todos y no en todos los talleres, pero fue un principio, y ese es un legado que le dejamos a las siguientes generaciones.

Profesionalmente, seguí adelante, seguramente gracias a las experiencias y conocimientos adquiridos durante la carrera. Ahora, después de 35 años como productora en una corresponsalía de una cadena de televisión europea, agradezco a mi Alma Mater, a los docentes que tuve y a mis compañeros de la carrera.

A las generaciones posteriores: no abandonen la carrera, termínenla. Todo obstáculo que enfrenten lo podrán resolver, siempre hay compañeros solidarios que ayudan y apoyan. Sigán adelante, es maravilloso ser estudiante y sentirse capaz de comerse al mundo. Aprovechen el tiempo y el conocimiento que se les brinda; no todos tienen esta oportunidad.





Alfred Tomás Ortega Ojeda

Licenciatura en Biología

Ser alumno en la Unidad Xochimilco fue una experiencia que rompió todos mis esquemas previos sobre el aprendizaje, más aun proviniendo de un bachillerato en una pequeña escuela privada dirigida por padres Josefinos. Para empezar, no había las materias tradicionales, un sólo profesor por cada grupo, que no dictaba sus notas, sino que dirigía discusiones de artículos que debían ser leídos antes de la clase. Ese modelo pedagógico lo volví a encontrar años después en mis estudios de posgrado en la Universidad de Monterrey. Al final de cada curso, en vez de preparar exámenes finales, se realizaban seminarios donde los alumnos tenían que presentar resultados de un proyecto de investigación desarrollado en equipo, habilidades, ambas, que nadie nos había enseñado antes. Había una fuerte orientación hacia la reflexión sobre la problemática social y se leían autores como Stavenhagen, Paulo Freire, Rodolfo Casanova e incluso Martha Harnecker. El estudio autodidacta, necesario para tener algo que decir en el salón de clases, fue, quizás, uno de los mayores retos.

En la escuela, entonces del tamaño de un colegio particular, donde en el año de tronco común todos nos conocíamos, se respiraba un ambiente casi festivo, optimista y con una abier-

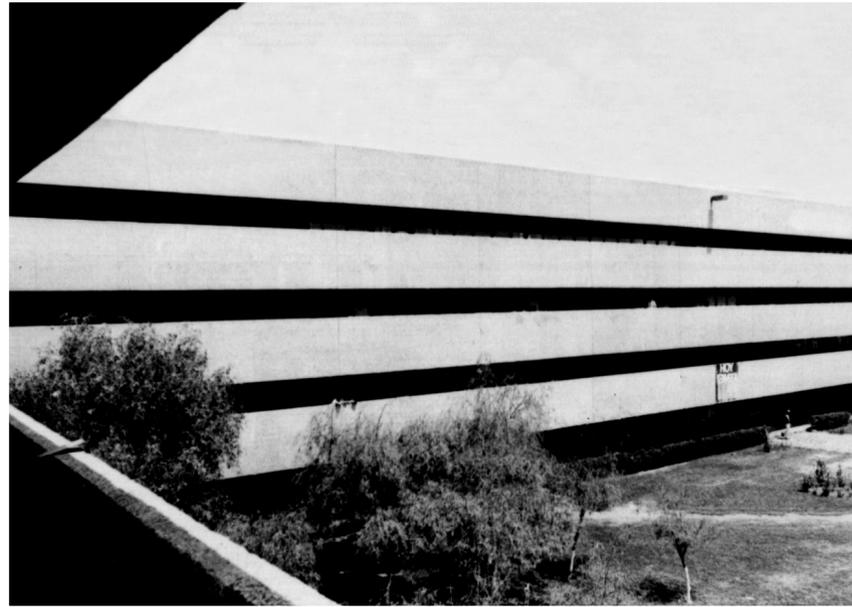
ta comunicación. Tuteábamos a los docentes y había maestros extranjeros, principalmente llegados con el exilio desde el Cono Sur. Existía una discusión viva y abierta, incluso sobre el modelo académico, el sistema departamental y el mismo Documento Villarreal, y había maestros que incluso se oponían abiertamente al modelo Xochimilco. Esa libertad, en ocasiones llevaba a excesos; por ejemplo, como alumnos, participamos en el diseño de módulos que cursaríamos en trimestres futuros, pero se valía opinar y opinábamos. La investigación de campo era un componente esencial del proceso de formación, en todos los aspectos, académicos y existenciales, que fortalecieron a tal grado la amistad entre compañeros que hasta la fecha se mantiene viva.

Al salir del bachillerato quería estudiar Medicina, pero no alcancé a hacer los trámites en la UNAM o el Politécnico Nacional. Entonces, me comentaron que había una nueva universidad pública que estaba ofreciendo espacios. Medicina se impartía en Xochimilco, pero ya no había cupo, entonces me inscribí en Odontología (Estomatología en el lenguaje xochimilca), porque me dijeron que el primer año era tronco común, así que tenía un año para tramitar mi cambio a Medicina. Cuando por fin me lo autorizaron, les informé que ahora quería estudiar Biología, y todos contentos, excepto mi abuela, que nunca entendió a qué se dedica un biólogo.

Cuando estudiaba en la UAM-X, me involucré en las discusiones sobre el sistema modular y el modelo departamental, de tal manera que, cuando la Rectoría General convocó a un concurso de ensayo, gané un tercer lugar con una reflexión sobre dicho sistema. Más tarde, cuando me incorporé como profesor y directivo en la Universidad de Guadalajara, mi formación en la UAM-X me fue de gran ayuda para aportar al proceso de reforma universitaria, que incluía, además de crear una red de campus regionales en Jalisco y la difícil transición del modelo napoleónico de Escuelas y Facultades, a un Sistema departamental. Esta visión fue una herramienta esencial para poder participar proactivamente en la creación del Centro Universitario de la Costa Sur, de la Universidad de Guadalajara, en la ciudad de Autlán de Navarro, por cierto, cuna del famoso guitarrista Carlos Santana. Como primer Secretario Académico, me tocó apoyar la creación de las Divisiones y Departamentos del campus, así como la implementación del sistema escolar

por créditos y el nuevo modelo académico. En los años posteriores repetí en varias ocasiones como Secretario Académico y también fui Rector del CU Costa Sur por dos periodos.

La UAM-X me despertó el gusto por el conocimiento y la investigación y me ayudó a fortalecer la libertad de pensamiento y la escritura creativa. Además de ser profesor y directivo universitario, soy escritor de cuento y tengo nueve libros publicados. Siento que, en el desarrollo de estas herramientas intelectuales, a diferencia de egresados de otras universidades, el haber experimentado y sufrido el Sistema Modular en la UAM-X hizo una diferencia significativa.



Jorge Pérez Alarcón

Licenciatura en Psicología

Después de 50 años, mi encuentro con la UAM sigue siendo un recuerdo vivo y difícil de definir. No sé si llamarlo insólito, surrealista, mágico o vanguardista. Quizá un poco de todo. Imaginemos un grupo de estudiantes, muchos recién egresados de la educación media, esperando entrar a la universidad. Al registrarnos fuimos recibidos invitándonos a trabajar en grupo en el que se nos preguntaba cómo queríamos que fuera “nuestra” universidad, que en ese entonces era sólo un pastizal. La pregunta era casi inimaginable.

Llegó el día esperado, fuimos a la universidad y nos encontramos con ese fantástico letrero, rodeado de campo, vacas, y sembradíos que decía: “Aquí se construye la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco”.

Empezaba la ruptura de todos nuestros paradigmas. Regresamos en unas semanas después y ya estaba la universidad. No era la más grande ni la más impresionante, pero sí lo era en su esencia. Unos cuantos edificios prefabricados y un sistema de trabajo, el Sistema Modular, del que me parece que nadie entendía del todo. Así que, con ese “magnífico” material, apareció el primer sustituto de las esperadas tiras de materias, ¿Qué estudiábamos? Pues “Ciencia y Sentido Común”, primer módulo

de lo que decidiéramos estudiar. Discutíamos todo: si la lectura decía algo a favor estábamos en contra, si decía algo en contra, estábamos a favor. Si había que escribir conclusiones, aparecía una y otra vez la necesidad del cambio de estructuras.

Regalaban el café, módulos impresos y creo que había una pequeña biblioteca. Después apareció un salón naranja para leer, oír música o simplemente, estar. No necesitábamos más. Así, muchos dejamos pasar el examen de la UNAM tan esperado por meses, y nos quedamos en la UAM. Algún día nos dijeron que habría alberca; claro, primero habría que construir los edificios, pero ya era una casa abierta al tiempo.

En realidad, las instalaciones no me importaban demasiado. Aprendíamos diferente, había que pensar de manera diferente, reflexionar sobre lo que leíamos y sobre lo que leíamos de lo que leíamos. Era más de lo habíamos hecho en años y años de educación media. No sabíamos qué materia cursábamos por la simple razón de que no había materias. Entonces fuimos descubriendo que el aprendizaje es colectivo, interdisciplinario; que uno puede pensar sobre lo que otro piensa, que se puede discrepar, que se puede aprender, que la realidad, sea lo que sea, también cuenta. Epistemología, teoría, método, interdisciplina, intervención, etc., se convirtieron en nuestros ejes de trabajo sin saber exactamente que eso hacíamos. Pero, sobre todo, y quizá lo más importante diría yo, un sello de la universidad, había que tener presente que desde nuestro lugar de universitarios había una corresponsabilidad obligada hacia una sociedad que nos había brindado la posibilidad y el privilegio de estar ahí.

Después fui a otras universidades, Institutos, grupos de trabajo y proyectos. En algunos lugares podía adivinar quiénes del grupo habían egresado de la UAM Xochimilco, incluso antes de que se hablara de quién era quién. ¿Cómo sabía eso? Bastaba ver quién podía proponer, investigar, hacer, opinar, discrepar y comprometerse con algo que tuviera que ver con las múltiples realidades sociales en las que vivimos.

Hoy, la universidad es una institución compleja, como todas, pero pienso que conserva ese espíritu que nos invadió en aquellas generaciones para pensar que es posible proponer y aventurarse en una práctica profesional comprometida con nosotros mismos y con el contexto en el que vivimos y actuamos.

Profundamente agradecido.



Víctor Ríos Cortázar

Licenciatura en Medicina

Ingresé a la licenciatura en Psicología, al terminar el primer trimestre me cambié a CBS, a Nutrición, aunque en ese momento no se abrió la carrera. Felizmente terminé en Medicina, una opción que no había contemplado al inicio.

Ingresar a la UAM fue abrimme a un mundo de relaciones que en realidad no había considerado antes. Compartí aulas con compañeras y compañeros, amigas y amigos de condiciones sociales y económicas muy diversas, y tuve docentes en su gran mayoría muy jóvenes, pero con trayectorias académicas igualmente interesantes.

La vida cultural, por llamarla de alguna manera, en aquel inicio era impresionante, tuvimos la presencia de artistas notables, y los sábados había actividades de talleres, presentaciones y otras actividades que nos mantenían en la universidad hasta que caía la tarde.

En términos de mi formación académica, no me fue fácil al inicio, sobre todo porque no tenía la costumbre de estudiar por propia iniciativa, de comprender y reflexionar sobre lo que leía; sin embargo, se volvió una experiencia apasionante sobre todo porque era importante aplicar el conocimiento a la realidad; pensar, por ejemplo, en problemas sociales de aquellos años.

El conocimiento se convirtió en una obsesión, una necesidad para la comprensión y la acción profesional. Aunque ciertamente no lo tenía tan claro en aquellos primeros años. Pero ese impulso ya estaba presente y fue creciendo con el tiempo.

Elegir la UAM, en mi caso, fue un poco circunstancial. Me enteré de su existencia porque me encontré con un centro de información instalado en el deportivo de Xochimilco. En aquel momento sólo era el atractivo por la novedad y percibir un ambiente de gente joven, muy entusiasta y muy amigable.

En realidad, lo importante fue la decisión de quedarme en la UAM. Muchos aplicamos al examen de ingreso a la UNAM, además del de la UAM. En mi caso, fui aceptado, igual que otras compañeras y compañeros, así que se creó un ambiente de duda: ¿quedarse o irse?

Creo recordar que pocas personas decidieron irse, me parece que la mayoría decidimos quedarnos. Yo me sentía parte de la universidad, y sin falsa modestia, nos sentíamos una parte importante de ella. No quería dejar de vivir el ambiente creativo, de sorprenderme cada semana o con cada nuevo módulo (en el primer trimestre cursamos tres módulos, no uno como ahora), de seguir creciendo junto con el crecimiento que veíamos de nuestra universidad.

Fuimos la primera generación, en mi caso, de Medicina. Creamos una organización estudiantil, la Organización Estudiantil de Medicina (OEM), y participamos en un consejo paritario de la carrera, convocado por el entonces coordinador, el Dr. Rolf Meiners (q.e.p.d.), donde, junto con docentes, revisábamos, valorábamos y hacíamos propuestas para mejorarla.

Enfrentamos momentos de lucha, como cuando tomamos la Rectoría de la unidad al no encontrar respuestas claras a los programas que nos incorporarían al servicio social; cuestionamos y denunciemos la desviación del sistema modular que desde entonces, advertíamos que estaba ocurriendo en la carrera de Medicina y demandamos su reorientación hacia ese sistema que tanto nos había enamorado.

No fue fácil el egreso de la UAM: no tenía claro qué camino quería, y podía seguir. Estudié una medicina que cuestionaba sin piedad el modelo dominante de práctica profesional, biologicista, curativo, ahistórico e individualista. Muy bien, ¿y entonces dónde iba a trabajar?; ¿en dónde se hace otra medicina que no sea esa dominante? A decir verdad, tampoco sabía,

ni tenía la más mínima idea de cómo hacer esa otra medicina no dominante. Después de un paso fugaz, afortunadamente, por una residencia en psiquiatría, opté por buscar esa otra medicina. El servicio social me descubrió el mundo indígena y por ahí decidí empezar. Así que este es el impacto en mi vida profesional: la certeza de que otra medicina, social y colectiva, promotora de la vida saludable; es decir, digna y justa, histórica, es posible. De las comunidades, de las personas de las colonias populares, de los pueblos, de los barrios he aprendido que eso se hace sin permiso y en comunidad.

El sistema modular me enseñó a aprender y me mostró la claridad de que es mucho mejor aprender que enseñar. También me enseñó el valor del servicio; encontrar que esa función sustantiva, tan desvalorada una y otra vez, es el gran truco del sistema modular porque ofrece oportunidades y entornos inmejorables para articular la docencia con la investigación para la transformación social.

La duda, el cuestionamiento y la pregunta como motor del saber, la reflexión como base para la comprensión, y la comprensión para la acción, tanto individual como colectiva. El conocimiento como construcción colectiva, y la constante seguridad de que puedo estar equivocado.

No puedo dejar de hacer explícito mi más profundo agradecimiento a las y los trabajadores que en ese entonces nos ayudaron, apoyaron y alentaron a seguir estudiando, sin pedirnos nada a cambio: en la cafetería, en las fotocopias, en la biblioteca, en el interlaboratorio, en el mítico salón naranja, y así en muchas otras áreas esenciales para estudiantes como yo. Por supuesto, también a nuestros docentes que pasaban largas jornadas con nosotras y nosotros. De todas y todos ustedes aprendí que la universidad es nuestra, que la universidad está para servir a la sociedad desposeída, no para servirse de ella.

Se los agradezco mucho.





María del Carmen Salinas Núñez
Licenciatura en Estomatología



María del Carmen Araceli Santos Gómez **Licenciatura en Estomatología**

Ingresar a una institución educativa de reciente creación como la UAM, representó para mí una gran expectativa, especialmente por su oferta académica diferente: desde iniciar en el llamado “tronco común”, para después seleccionar el área de ciencias biológicas, en mi caso la carrera de Estomatología, entendida como el área de la ciencia médica encargada de la prevención y diagnóstico de enfermedades que incluyen los dientes, el periodonto, los maxilares, el tejido blando y las mucosas de la cavidad oral.

Mi motivación para estudiar en la Universidad Autónoma Metropolitana, en particular el plantel Xochimilco que era la sede que ofrecía la licenciatura en Estomatología, era su oferta académica y su estrategia pedagógica innovadora. Los conocimientos adquiridos me permitieron desarrollarme exitosamente en mi práctica profesional, para después continuar con mi formación en la especialización en Ortodoncia.

El sistema modular me brindó la oportunidad de acceder al conocimiento mediante la investigación bibliográfica, la discusión y trabajo en un grupo de 6 o 7 alumnos, donde el docente se convertía en un facilitador o guía del proceso enseñanza-aprendizaje.

En lo personal, uno de los retos que más recuerdo fue la movilidad; es decir, trasladarme del norte de la ciudad hasta las instalaciones de la universidad en el sur, algo que comparaba con mis compañeros que residían en el sur del área metropolitana. También, guardo en la memoria las lecturas y comprensión de fichas y citas bibliográficas para la discusión y el trabajo grupal, en instalaciones aun rústicas que llamábamos "gallineros". Además, tuvimos la fortuna de contar con experimentados y connotados docentes procedentes de otras instituciones educativas. De igual manera me impactó la orientación hacia lecturas de escritos o artículos de autores con tendencias socialistas y la afirmación de algunos profesores de que estaban formando profesionistas para el pueblo y no para las élites de la sociedad.

Finalmente, y a manera de síntesis, diré que tuve una formación académica y personal sólida y trascendente, que me permitió un crecimiento y desarrollo, tanto personal como profesional. Además de mantener la relación de amistad y compañerismo con los integrantes de mi generación de nuestra querida UAM-Xochimilco.

Felicidades y Muchas Gracias.



Miguel Ángel Tenorio Barrientos

Licenciatura en Ciencias de la Comunicación

Mi experiencia como estudiante de la UAM durante los primeros años fue deslumbrante. Esta sensación de ser partícipe de la construcción de algo nuevo me pareció fantástico. Descubrir el Sistema Modular y aprender el ejercicio cotidiano de tener un pensamiento crítico y global frente a un problema, me pareció lo mejor que se podía enseñar a cualquier alumno de cualquier nivel educativo.

Para mí la UAM representaba mi última frontera. Estudiaba ingeniería en el Politécnico y había terminado el tercer semestre de la carrera de Ingeniería en Comunicaciones y Electrónica, y cuando me inscribí al cuarto semestre, sentí una gran desazón porque ya sabía que no quería ser ingeniero. Me preguntaba: ¿Pero qué hago? Sentía que necesitaba una carrera profesional que me respaldara. Había dejado un semestre de estudiar ingeniería y tomé clases de oyente en la Universidad Iberoamericana, en la carrera de Ciencias y Técnicas de la Información. Al mismo tiempo, fui a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM para buscar entrar a estudiar Periodismo. Tanto en la Ibero como en la UNAM hice los exámenes de admisión y los pasé; sin embargo, en la Ibero, el costo que había que pagar por la carrera me parecía excesivo, pedí una

beca, y me otorgaron el 50 %. Mi papá me dijo que me pagaba la otra mitad. Pero yo dije: "No, es completo o no". Y me fui.

En la UNAM todo parecía ir bien, los maestros me alentaban diciendo que me guardarían mi calificación, parecía que las cosas funcionaban, pero de pronto me llegó un mensaje de Servicios Escolares en el que me decían que tenía que rehacer mi bachillerato, porque el mío era de Ciencias Físico-Matemáticas, lo que requería al menos invertir dos años más. Pues no. Me regresé al Politécnico. La fortuna es que me encantaban las matemáticas y eso me ayudó a sobrevivir. Mi tercer semestre lo concluí con excelentes calificaciones, pero yo no me sentía bien. Había asistido a la Escuela de Periodismo Carlos Septién, pero conforme pasaban las clases, yo sentía que esa escuela no era para mí. ¿Y entonces? Apareció la UAM, donde no se requería bachillerato específico. Fue así que la UAM se convirtió en mi última frontera. Cuando ya no tenía a dónde ir, llegué a la UAM.

Para mí es un orgullo total y absoluto ser parte de la primera generación de la UAM, y más aún de la Unidad Xochimilco. Sentir que fuimos parte de la construcción de algo nuevo que pudiera estar al servicio de la sociedad mexicana me pareció una de las experiencias más extraordinarias de mi vida.

En cuanto a mi vida profesional, creo que si combino mi gusto por el aprendizaje del álgebra, el cual fue adquirido en el Politécnico, con el sistema modular, el gran aporte que eso ha tenido en mi vida profesional, tanto como productor de teatro y televisión, como funcionario que tuvo que dirigir equipos de trabajo, ha sido la capacidad de organizar con eficiencia el trabajo a desarrollar, para así lograr muy buenos resultados, los cuales fueron siempre muy bien valorados.

Creo que la enseñanza del sistema modular que aprendimos en la UAM Xochimilco fue siempre tener una visión integral del mundo en el que vivimos, con lo cual me parece que podemos desarrollarnos con mayor soltura en grupos de trabajo interdisciplinarios, mientras que los egresados de otras universidades muchas veces muestran un gran conocimiento en su materia, pero con visiones fragmentadas de la realidad.

Anécdotas hay muchas de esa etapa maravillosa de mi vida, pero voy a compartir una que atesoro con gran emoción. En 1976, durante la huelga de los trabajadores del SITUAM para lograr el Contrato Colectivo, yo les escribí un *sketch* para que

lo representaran durante la huelga. Ahora sí que se lo llevaron de gira por las tres unidades y por Rectoría. Y yo digo que me salió muy divertido, y los que lo veían se reían bastante. Sin embargo, en una asamblea en el auditorio, Gilberto Guevara Niebla, a quien yo admiraba muchísimo desde el 68, por su manera de plantear las cosas, me criticó acremente porque me decía que los problemas del país, los problemas sociales en general, no debían ser tratados de manera cómica, sino seria. Yo le comenté en privado que me parecía que a él le faltaba un poco de sentido del humor. Me dejó con las palabras en la boca y se fue. En ese momento lo odié. Pero hoy lo sigo admirando; me parece un tipo formidable. Sin embargo, creo que ese día aprendí que se puede ser irreverente, siempre y cuando se tengan los elementos para sustentar la irreverencia. Mi justificación para el *sketch* es que era un ejercicio teatral para darle alegría a la lucha de los trabajadores. Convencido estoy de que, si nos divertimos, la vida es mejor, aun en los momentos más difíciles.

Tal vez por eso la irreverencia se ha convertido en uno de los elementos más característicos de mi trabajo. Soy irreverente, porque sé que esto también es impulsor de un pensamiento crítico. O hasta mejor, de un pensamiento dialéctico: tesis, lo que alguien afirma como hecho contundente; antítesis, lo que el irreverente, en este caso yo, expone ante ese hecho contundente; síntesis, ¿qué conclusiones podemos sacar?

La irreverencia puede ser un antídoto contra el pensamiento único que amenaza con instaurarse en muchos lados.



Alejandro Vázquez Vela Duhalt

Licenciatura en Ciencias de la Comunicación

Toda mi vida pensé que seguiría una carrera en ingeniería (electrónica, como mi hermano mayor). Por esa razón cursé la educación media superior en el CECYT 2 del Instituto Politécnico Nacional.

Sin embargo, desde muy pequeño me interesaron la literatura, la historia, el cine y la televisión. En cuanto a esta última, hay que aclarar que lo que me motivaba a estudiar ingeniería electrónica era la idea de trabajar en los medios de comunicación desde el ámbito técnico. Un día vi un boletín de la Universidad Iberoamericana, en el que descubrí la existencia de una carrera llamada Ciencias y Técnicas de la Información, que ofrecía formación en periodismo, publicidad, radio, televisión y cine. Desde ese momento, supe que eso era a lo que quería dedicarme. Me enteré que recientemente se había inaugurado una universidad dirigida por el destacado arquitecto Pedro Ramírez Vázquez con colegiaturas más accesibles que las de la Ibero. Apliqué al examen de admisión sin mencionar nada a mis padres, pues temía que se opusieran a que su hijo estudiara una carrera poco conocida (tengo ocho hermanos, de los cuales seis estudiaron ingeniería, uno administración de empresas y una es maestra normalista). Les aseguro que no me arrepiento de esa decisión.

Mi llegada a la universidad fue complicada, pues yo había estudiado toda mi vida en escuelas tradicionales, donde la participación en clase no era tan importante como la entrega de trabajos y las calificaciones en los exámenes; sin embargo, poco a poco me fui adaptando al sistema modular y, la verdad, era muy emocionante formar parte en un proyecto que apenas comenzaba. En aquel entonces, la UAM-X no estaba tan bien comunicada y llegar a ella era toda una travesía, pero una vez estando ahí, se vivía un ambiente de frescura y de entusiasmo. Pertenecer a una generación de pocos alumnos, donde prácticamente todos nos conocíamos fue una experiencia inolvidable. Las convivencias en la cafetería o en el famoso “cuarto naranja” eran en verdad muy placenteras. Algo que me impactó desde mi llegada, fue un póster que mostraba las instalaciones del plantel y, a un lado, una casucha con techo de lámina. El texto escrito en el cartel decía: “La realidad está a la vuelta de la esquina”. Era ese un mensaje muy eficaz para que los estudiantes nos diéramos cuenta de que teníamos un compromiso con la sociedad.

La experiencia más especial que tuve en la UAM-X fue cuando, al estar en desacuerdo con los docentes asignados, un grupo de estudiantes pedimos permiso para formar un grupo independiente, sin docentes, para estudiar por nuestra cuenta. Ese trimestre, tomábamos clases con mucha dedicación y disciplina en el departamento de un compañero, y cuando presentamos nuestra evaluación, todo el cuerpo docente nos felicitó por los trabajos presentados. Hubiéramos querido continuar como “grupo independiente” el resto de la carrera, pero la dirigencia del plantel ya no lo permitió. De ese grupo independiente conservó grandes amistades hasta la fecha.

Yo creo que, si hubiera estudiado en otra universidad, no habría desarrollado ni el pensamiento crítico, ni la pasión por la lectura ni el hambre de nuevos conocimientos. Esto me ha permitido, durante toda mi vida profesional (gran parte de ella en la industria de la televisión), mantenerme actualizado y continuar en la búsqueda de contenidos diferentes, y adecuados a los tiempos, que lleven con eficacia la cultura y el entretenimiento a todos los sectores de la población; sin embargo, también creo que, en aquel entonces la actitud de gran parte de la docencia era muy dogmática, y la tolerancia, el respeto y la

comprensión de opiniones y visiones de la realidad, distintas a la mía, es algo que tuve que desarrollar fuera de las aulas.





Juan Pedro Viqueira Alban

Licenciatura en Sociología

Recuerdos del caos

Llegué a la UAM-Xochimilco, a su licenciatura en Sociología, porque una amiga muy querida, María Romeu, se había inscrito en esa unidad y me contaba con mucho entusiasmo sus primeras experiencias con el sistema modular, que combinaba la enseñanza-aprendizaje con la realización de pequeñas investigaciones en grupo. Aunque los cursos (o más bien, los módulos) ya habían iniciado, se abrió la posibilidad de presentar un examen de admisión e ingresar a la unidad con un poco más de un mes de retraso.

Esa anomalía era resultado de la apresurada y atropellada decisión que la UAM había tomado de crear una tercera unidad en donde se pusieran en práctica métodos pedagógicos de vanguardia o, más precisamente, experimentales, poco antes de que iniciaran los cursos. Esto explica por qué la Unidad Xochimilco no contaba con edificios de concreto como los que ahora conocemos: sólo había alcanzado el tiempo para construir instalaciones muy precarias, similares a las de las escuelas primarias rurales, que rápidamente fueron rebautizadas por todos como “los gallineros”. La contratación de profesores se

había tenido que hacer a toda prisa, y en algunos casos, ante la escasez de licenciados, se había tenido que integrar a jóvenes pasantes que no habían terminado sus tesis. No sé si en algún sitio del mundo se había puesto en práctica el sistema modular, pero era obvio que estaba mucho de estar afinado. Entre otras cuestiones, la comunicación entre quienes elaboraban los módulos y quienes los impartían dejaba mucho que desear.

Para decirlo en pocas palabras, en un primer momento, en la UAM-Xochimilco reinaba el caos o, para decirlo en términos locales, era un “desmadre”. Pero lejos de ser esto algo negativo, se convirtió en una fuente de energía creadora. Todos—estudiantes, profesores, personal administrativo— sentíamos que estábamos embarcados en una aventura, cuyo desenlace dependía de nosotros mismos. Nos tocaba decidir el rumbo que tomaría esta apuesta temeraria y éramos los responsables de que arribara a buen puerto. Las iniciativas creativas brotaban por todas partes: una pastorela previa a las vacaciones de Navidad; el famoso salón naranja, donde uno podía ir a echarse en los cojines y deleitarse con los libros de arte que todos podíamos hojear y leer. Se nos ocurrían todo tipo de investigaciones a realizar en los módulos, desde algunas disparatadas hasta otras audaces y originales.

Tal explosión de creatividad menguó cuando se terminaron de construir los primeros edificios de concreto y empezamos a recibir clases en sus salones. La maquinaria burocrática impuso orden y las cosas empezaron a volverse más previsibles. Afortunadamente, algunas prácticas del primer año se mantuvieron. Alumnos y profesores discutíamos los contenidos de los módulos y, por acuerdo de todos, los modificábamos alegremente. Los estudiantes seguimos trabajando en equipo, aunque los grupos se volvieron más pequeños a medida de que nos fuimos conociendo, al descubrir nuestra afinidades y formar sólidas relaciones de amistad. Recuerdo las grandes discusiones sobre las lecturas con varios profesores brillantes: Ricardo Pascoe; Arturo Anguiano, Eligio Calderón y otro cuyo nombre desgraciadamente no recuerdo y que parecía fuera de lugar, del que se rumoraba peyorativamente que le había escrito discursos a Díaz Ordaz, resultó ser un excelente profesor. También había un docente que compartió su entusiasmo por Max Weber (con el cual guardaba un cierto

parecido físico), y sobre todo con la entrañable Margarita Castellanos, que nos impartió varios módulos y con la que congeniamos muchísimo.

Otra experiencia inolvidable fue participar en la obra de teatro que la UAM-Xochimilco apoyó con entusiasmo, "Edipo tirano", escrita por Carlos Ortega, quien laboraba en la unidad, y dirigida por José Caballero. Los papeles protagónicos fueron interpretados por dos compañeros y amigos muy cercanos, Adriana Colotti (Yocasta) y César Moheno (Edipo). A mí me correspondió componer la música e interpretarla al piano en su estreno en la explanada de la UAM-Xochimilco.

De mi paso por esta unidad, además de muchos gratos recuerdos y de un montón de anécdotas graciosas, conservo el gusto por el trabajo en equipo, lo que es poco común en mi actual profesión de historiador. Además, la libertad que teníamos para la elaboración de los trabajos finales de los módulos nos incitó a experimentar con formas y estructuras narrativas poco ortodoxas. Ello me permitió, en esos años, forjarme poco a poco y con tropiezos, un estilo personal de redacción que he procurado mantener hasta hoy en mis trabajos de investigación y difusión.

La conmemoración de los 50 años de fundación de la UAM-Xochimilco me ha dado la oportunidad de revivir esos años locos y turbulentos de mi vida y valorar lo que le debo a ese caos creativo que marcó los primeros años de su existencia.













